

EL
CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

TOMO VIGÉSIMO.



PARIS

ADMINISTRACION GENERAL

X. DE LASSALLE Y MELAN, EDITORES PROPIETARIOS

PASSAGE SAULNIER, No 4.

—
1862

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

BOLETÍN DE LINGÜÍSTICA

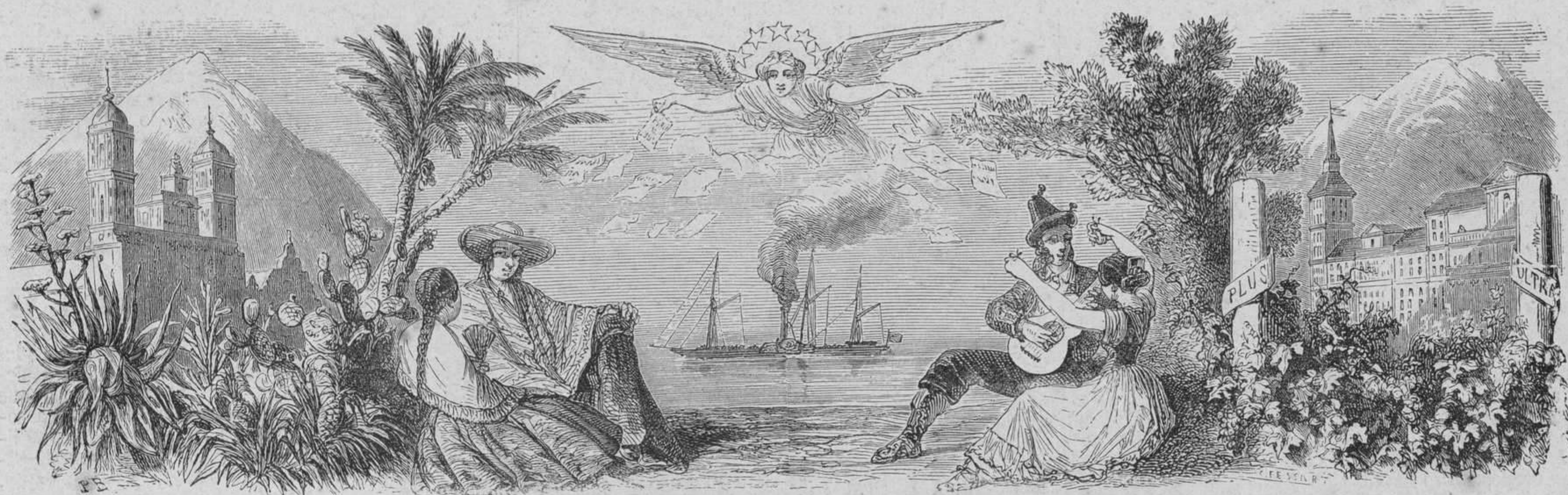
PARTICULAR DE LINGÜÍSTICA

TOMO VIGESIMO

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

EL CORREO DE ULTRAMAR

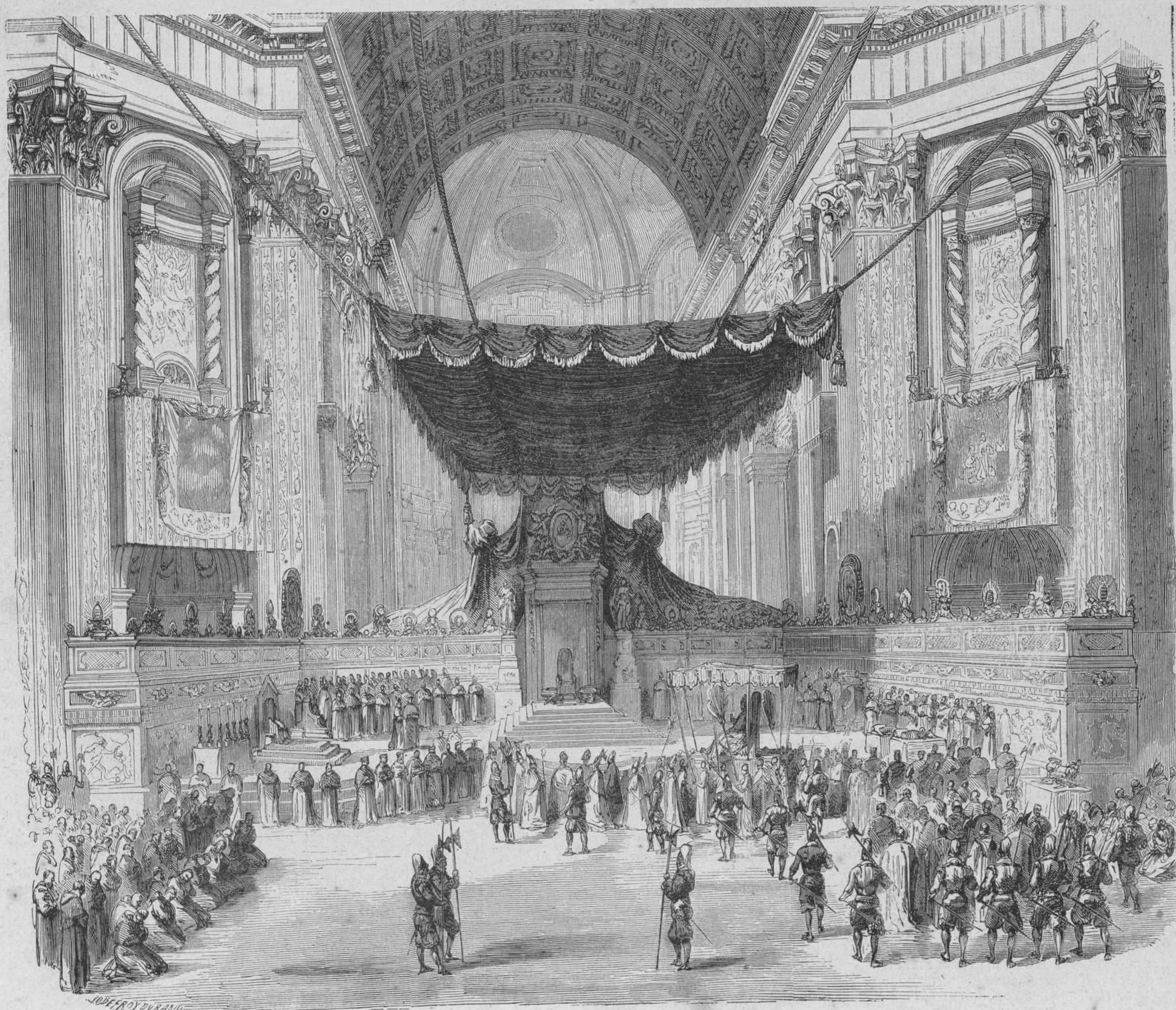
PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1862. — Tomo XX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 21. — Nº 495.



Ceremonia de la canonizacion de los mártires del Japon en la basilica de San Pedro de Roma.

SUMARIO.

Ceremonias de la canonización en Roma: grabado. — **Incendio de las casas consistoriales en Burdeos:** grabado. — **S. A. B. el príncipe de Gales:** grabado. — **El museo Campana:** grabados. — **Revista de París.** — **Sin honra y sin pan.** — **Cantares.** — **Las demoliciones en Ruán:** grabado. — **Viaducto del Sarina en Friburgo:** grabado. — **El egoísta y el filántropo.** — **Acuérdate de mí.** — **Las lavanderas del día del Corpus.** — **Altar levantado por los marinos en la plaza de Armas de Tolón:** grabado. — **Regatas de Cannes:** grabado. — **Valle y república de Andorra:** grabados. — **Revista de la moda.** — **La virtud del ejemplo.** — **Monumento elevado a la memoria de Luis Bonaparte:** grabado. — **Problemas de ajedrez:** grabado.

Ceremonias de la canonización en Roma.

El 8 de junio de 1862, aniversario consagrado por la Iglesia a la celebración de la Pascua de Pentecostés, será de hoy en adelante una de las fechas más memorables de los fastos eclesiásticos del siglo XIX.

Nuestro Santísimo Padre Pio IX, rodeado de los cardenales de la santa romana Iglesia, patriarcas, primados, arzobispos y obispos llegados de Oriente y de Occidente, cercado de su corte, en presencia de inmensa multitud de fieles, a dos pasos del sepulcro del Príncipe de los apóstoles, majestuosamente sentado en la cátedra de autoridad suprema de que está investido, entre el regocijo del cielo y la alegría de la tierra, ha decretado que la Iglesia universal rinda culto de santidad a los bienaventurados Pedro Bautista y sus veinte y dos compañeros de la orden de San Francisco, a Pablo Miki y sus dos compañeros de la Compañía de Jesús, todos mártires, y a Miguel de los Santos, confesor, sacerdote profeso de trinitarios descalzos de la Redención de cautivos.

Iluminaba apenas el alba un magnífico horizonte y saludaban la nueva luz la artillería del castillo de Santángelo y las banderas de la Iglesia enarboladas en todas las torres, cuando el pueblo descendía de las siete colinas, y atravesando por medio de los carruajes que detenían su marcha y revolviéndose en ondas como el pélagos tempestuoso, dirigíase a la basílica Vaticana, cuyo recinto y plaza iba a llenar de bote en bote.

Estaba decorada la basílica con una magnificencia digna de la augusta ceremonia que iba a verificarse, y a los trofeos de Pedro había añadido los de los héroes que su sucesor iba a coronar con la plenitud de gloria prometida a los miembros de la Iglesia militante que han seguido el camino del Salvador.

La fachada de la basílica estaba adornada con la efigie de los gloriosos atletas que despreciaron la vida para ofrecerla en holocausto al Señor. Veíaseles representados en un anchuroso estandarte colgado del gran balcón, sentados entre nubes de gloria, elevados ya de este bajo mundo y trasportados al cielo para embriagarse en la abundancia de la casa de Dios y beber en el torrente de celestiales deleites.

El estandarte ofrecía una serie de cuadros bastante bien pintados, que representaban toda una epopeya de acciones heroicas, por las cuales el espectador se ve obligado a glorificar a Dios, que en tal manera ha exaltado a estos sus veinte y siete escogidos. Veíase que ni las tribulaciones, ni las angustias, ni el hambre, ni la desnudez, ni los peligros, ni la persecución, ni la espada, han podido separar a estas almas de la caridad de Jesucristo, brillando su grandeza, no en las seductoras apariciones de la sabiduría humana, sino en la manifestación del espíritu y de la virtud.

Allá están clavados en la cruz sobre la puerta principal del templo, los veinte y tres hijos del mendigo de Asís; en vano se buscará en sus cuerpos clavados en el leño del tormento, la mas leve contorsión de dolor; están predicando aun a la asombrada muchedumbre a aquel Jesús, que muriendo en la cruz, convirtió en honra la ignominia del patíbulo.

A la derecha, en la puerta inmediata, están los tres discípulos de Ignacio de Loyola, crucificados tambien y coronados con la gloria de la fe en medio de las humillaciones del vulgo; a sus pies están prosternados el venerable obispo del Japon, el rey de Arima y el soberano de Omura con sus cortesanos, pidiendo a los mártires que se acuerden de ellos en la morada de delicias donde van a tener la dicha de entrar.

A la izquierda, sobre la tercera puerta, contempla el fiel a Jesucristo poniendo con infinita bondad su divino corazón en lugar del corazón de su piadoso servidor Miguel de los Santos. Breves inscripciones latinas colocadas en las entrepuertas del atrio, indican la solemnidad y prescriben las disposiciones de ánimo con que los fieles deben asistir a ella.

Los límites de este artículo no nos permiten describir a gusto del lector ni las pinturas del interior de la basílica, que representan las acciones, milagros y glorias de los bienaventurados, ni las inscripciones latinas que las refieren, ni el esplendor de la ornamentación, ni la deslumbradora iluminación de los candelabros que se alzaban en el pavimento, de las arañas colgadas de las bóvedas y los arcos, y de los cirios tendidos a lo largo de las cornisas.

Eran poco más de las siete de la mañana cuando la cabeza de la procesión que acompañaba al Padre Santo comenzó a entrar por las puertas del templo.

Había salido la procesión de la capilla Sixtina, y descendiendo por la escalera régia había atravesado la plaza para llegar al atrio. Los concurrentes, en dos filas, llevaban velas encendidas y un librito de salmos e himnos mandado imprimir expresamente por Su Santidad.

La procesión empezó con el *Ave maris Stella* entonado por Su Santidad.

Al frente de la procesión, y precedidos de los hospicianos y huérfanos, iban con su respectivo estandarte las órdenes mendicantes y monásticas y los canónigos regulares seguidos de la cruz del clero secular, de los alumnos del Seminario, cabildos, canónigos y clero colegial, canónigos y clero de las basílicas menores y patriarcales, precedidos estos últimos de mangas y campanillas. Cerraba la marcha el viceregente con los ministros del tribunal y el Eminentísimo cardenal-vicario.

Los ministros del tribunal de la Sagrada Congregación de Ritos, consultores y prelados de oficio, precedían a los estandartes de los bienaventurados. El primero, que representaba al confesor Miguel de los Santos, iba en medio de seis trinitarios descalzos que llevaban hachas encendidas; cuatro padres de la misma orden llevaban los cordones de seda, y el estandarte iba conducido por cofrades de la archicofradía del Gofallon.

Los hermanos de Santa María de la Piedad y de San Francisco Javier llevaban el segundo estandarte, que representaba a Pablo Miki y compañeros mártires. Cuatro padres de la compañía de Jesús tenían los cordones, y otros seis les precedían con hachas. El estandarte de los mártires franciscanos era el tercero, llevado por los cofrades de las Llagas, y precedido de cinco franciscanos con hachas; la sexta la llevaba don Eusebio Muñiz, descendiente de San Martín de la Ascensión; el presbítero don Rosalío, su hermano, llevaba uno de los cordones del estandarte, y los otros tres, tres padres observantes.

Seguía la capilla pontificia por el orden siguiente: los procuradores del colegio, el predicador apostólico, los *Bussolanti*, los capellanes ordinarios, algunos de los cuales llevaban las mitras y tiaras preciosas de Su Santidad; los clérigos secretos, los capellanes de honor y secretos, el procurador general del Fisco, el comisario de la Cámara apostólica, los abogados consistoriales, los camareros de honor y secretos, supernumerarios eclesiásticos, los camareros secretos participantes, los capellanes chantres pontificios, y el personal de los diversos colegios de la prelatura, a saber: los refrendarios de la Signatura, y entre ellos el presbítero asistente, el diácono y sub-diácono de la capilla pontificia, los abreviadores del Parque Mayor, los votantes de la asignatura de justicia, los oficiales de la Cámara apostólica, los auditores de la Rota, y entre ellos el padre maestro del sacro palacio, y con hábitos de dominico.

Los individuos de todos estos colegios llevaban roquete y muceta y sotana de color morado, y los demás dignatarios de la corte pontificia, el traje correspondiente. En pos de ellos iban el director del Santo Hospicio y los capellanes secretos, que llevaban la tiara y la mitra ordinaria de Su Santidad.

Seguía luego el último auditor de la Rota con dalmática, el cual llevaba la cruz papal. El dean prelado de la signatura la iba incensando; siete votantes de la signatura hacían de acólitos llevando cirios adornados de arabescos y papel; cerca de ellos iban los maestros ostiarios, guardianes de la cruz.

El clero secular llevaba ornamentos rojos; el prelado auditor de la Rota, que hacía de subdiácono apostólico, alba y dalmática; el diácono y subdiácono griegos, los ornamentos propios de su rito. Seguían los padres penitenciarios del Vaticano con casullas adamascadas, los abades *nullius*, y los abades generales con capa adamascada y mitra. Los obispos, arzobispos, primados y patriarcas, llevaban tambien capa de lana y mitra de lino; los padres del Sacro Colegio que venían detrás, los ornamentos sagrados de su orden. Los cardenales diáconos con dalmática; los cardenales presbíteros con casulla, y los cardenales obispos con capa.

Más cerca aun de Su Santidad estaban los conservadores y el senador de Roma, el príncipe asistente al trono, el vicecamarero y sus dos asistentes, el cardenal diácono ministrante y los dos primeros maestros de ceremonias.

Los personajes llamados de custodia pontificia estaban colocados alrededor del augusto jefe de la Iglesia: oficiales superiores de la guardia de honor palatina, oficiales de la guardia suiza, camareros secretos de capa y espada, maceros, palafreneros y silleros bajo la dirección del furriel y del caballero mayor, llevando en hombros la *Sella gestatoria* en que estaba sentado el Sumo Pontífice, con mitra y capa pontifical, la mano izquierda envuelta en un paño de seda bordado de oro y sosteniendo un cirio, y la derecha alzada de cuando en cuando para bendecir al pueblo.

Este, que cubría la inmensa plaza, se agolpaba y se empinaba para descubrir al infalible maestro de la fe que iba debajo del palio, y se arrodillaba conmovido y respetuoso para recibir la bendición.

Detrás de Su Santidad algunos capellanes cantaban el *Ave maris Stella*: el auditor general de la cámara, el tesorero general, el mayordomo y las corporaciones del colegio de protonotarios apostólicos y generales de las órdenes cerraban la comitiva.

Habiendo mandado el Padre Santo que todas las personas que asistiesen a la procesión entonasen el *Regina celis*, al poner el pie en los umbrales de la basílica, entonaron la antifona. La cabeza de la procesión estaba esperando delante del altar del Santísimo Sacramento. Bajándose Su Santidad de la *Sella*, se arrodilló para orar en el reclinatorio, y todo el concurso que iba en la procesión se arrodilló al mismo tiempo.

Los estandartes fueron depositados en la capilla. Inmediatamente después subió Su Santidad a la *Sella gestatoria* y se dirigió al presbiterio precedido por toda la

comitiva. Allí, después de una breve oración, subió el Padre Santo al trono pontificio para recibir la obediencia que los cardenales le prestaron besándole la mano, cubierta con las franjas de la capa: los patriarcas, primados, arzobispos y obispos, besaban la cruz de la estola, inclinada una rodilla en tierra, y los abades *nullius*, los abades generales y los penitenciarios de la basílica, le besaron el pie.

Todos, tan luego como habían prestado obediencia, iban bajando uno a uno las gradas del trono y tomaban el puesto que les estaba señalado en el recinto del presbiterio. Aquella asamblea de dignidades que rodeaban al Padre de los fieles, formaba un conjunto magnífico y tal como no han logrado contemplarlo muchos de los últimos siglos.

Todas las dignidades que debían asistir al jefe de la Iglesia durante la misa pontifical se colocaron a su alrededor en el siguiente orden: a los costados Sus Eminencias los cardenales Ugolini y Marini, diáconos asistentes: a la derecha, y conforme a su categoría, el príncipe Orsini, asistente al trono, y el marqués Antici Mattei, senador de Roma; la municipalidad romana y los abogados consistoriales: a la izquierda monseñor Fierari, maestro de ceremonias, el decano de la sagrada Rota y los dos camareros secretos asistentes. Sobre las gradas del trono se habían colocado los arzobispos designados por Su Santidad para que le asistiesen, y que eran: el primado armenio de Constantinopla y los arzobispos de Gnesen y Posen, de Alby, de Dublin, de Halifax, de Cincinnati, de Salzburgo, de Caracas, de Olmutz, de Durazzo, de Tiro (rito griego), de Sorrento, de Munich, de Goritz, de Tarragona, de Beyruth (rito maronita), de Damasco (rito griego) y de Záhara. Los patriarcas de Venecia y de las Indias Orientales se hallaban colocados cerca de Su Santidad para tenerle la vela.

Teniendo ya todos los asistentes una vela encendida en las manos, el cardenal Clerelli, procurador de la canonización, acompañado de un maestro de ceremonias apostólico y de un abogado consistorial, se acercó a las gradas del trono, y allí, arrodillándose el abogado, dirigió al Padre Santo las siguientes palabras:

« Beatissime Pater; Reverendissimus dominus Cardinalis Clerelli hic presens, instanter petit per Sanctitatem Vestram catalogo Sanctorum Domini Nostri Jesu Christi adscribi, et tanquam Sanctos ab omnibus Christi fidelibus pronunciari venerandos beatos Petrum Baptistam, Paulum, eorumque Socios Martyres et Michaellem de Sanctis Confessorem. »

Monseñor Pacifici, secretario de los breves *ad Principes*, que estaba al lado del trono, respondió en latín a nombre del Padre Santo, que Su Santidad, aunque plenamente edificado tocante a las virtudes que poseyeron aquellos bienaventurados y a los milagros con que el Señor había manifestado la gloria que gozaban, exhortaba, sin embargo, a los asistentes a que pidieran que descendiesen de lo alto luces sobre el jefe de la Iglesia por intervención de la bienaventurada Virgen María, de los santos apóstoles Pedro y Pablo y de toda la corte celestial.

Dichas estas palabras se volvieron los postuladores a sus sitios, y dos capellanes cantores entonaron la *Letania de los Santos*, acompañándoles en el canto, hasta el *Kyrie eleison*, la augusta asamblea y las voces innumerables del pueblo que retumbaban en las bóvedas de la basílica.

Concluidas las letanias volvieron los postuladores al pie del trono, y el abogado repitió la anterior fórmula, añadiendo a la palabra *instanter* la de *instantius*. El prelado secretario le contestó, tambien en nombre de Su Santidad, que quería se impetrase con nuevas oraciones la asistencia del Espíritu Santo, fuente de santidad y sabiduría.

Después de haberse retirado otra vez los postulantes, el Soberano Pontífice se arrodilló en el reclinatorio y estuvo orando desde que el primero de los cardenales diáconos dijo *Orate*, hasta que el segundo en alta voz dijo *Levate*. El Padre Santo se levantó entonces, imitándole toda la augusta asamblea, que había estado orando el mismo tiempo que Su Santidad. Este entonó en seguida el *Veni, Creator Spiritus*, cuyo himno concluyeron los capellanes cantores, alternando las estrofas.

Después que el Padre Santo hubo recitado la oración y tomado asiento, los postulantes por tercera vez acudieron al pie del trono, y el abogado repitió la anterior fórmula, añadiendo a las palabras anteriores la de *instantissime*. A lo cual el prelado secretario contestó, que persuadido intimamente el Padre Santo de que la canonización que se le pedía era grata a Dios, estaba dispuesto a pronunciar la sentencia definitiva.

Al oír estas palabras, la augusta asamblea se puso en pie, y el Padre Santo, puesta la mitra en la cabeza y sentado en la cátedra, como doctor y jefe de la Iglesia universal, habló así:

« Para honra de la santa e indivisa Trinidad, exaltación de la fe católica y aumento de la religión cristiana, por la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, y la nuestra, previa madura deliberación e implorado repetidamente el auxilio divino y en concilio de los venerables hermanos nuestros, cardenales, patriarcas, arzobispos y obispos de la santa Iglesia romana asistentes en la ciudad, declaramos y definimos que son santos los beatos Pedro Bautista, Martín de la Asunción y Francisco Blanco, sacerdotes; Pablo Miki, Juan Soan y Felipe de Jesús, clérigos; Diego Jacobo Kisa, catequista; Francisco de

San Miguel, Gundisalvo García, Pablo Suzubui, Gabriel de Duisco, Juan Quinzuya, Tomás Danchi, Francisco Tomás Cosaqui, Joaquin Saquijor, Buenaventura Leon Carazuma, Matías Antonio Luis Ibarchi, Pablo Yaniqui Ibarchi, Miguel Cozoqui, Pedro Sequezein, Cosme Raquiza y Francisco Fahelante, seculares, todos mártires, y Miguel de los Santos, confesor, y los escribimos al catálogo de los santos, estableciendo que en cada año, a saber, en el día 5 de febrero Pedro Bautista y compañeros, en el que padecieron por Jesucristo entre los santos confesores no pontífices, deba ser recordada su memoria por la Iglesia universal con piadosa devoción. En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.»

Al oír la palabra *Amen* los postuladores volvieron a acercarse al trono, y el abogado consistorial, en nombre del cardenal-procurador, dió gracias a Su Santidad, añadiendo que le suplicaba se dignase mandar expedir las cartas apostólicas concernientes a la canonización. El Padre Santo contestó: *Decernimus*, y le bendijo. El cardenal-procurador se adelantó a besar la mano y rodilla, mientras que el abogado, dirigiéndose a los protonotarios apostólicos, les rogó levantasen acta de todo: a lo cual respondió el primero de estos prelados, volviéndose hacia los camareros secretos llamados a dar testimonio: *Conficiemus vobis testibus*.

Su Santidad, después de ejecutar este grande acto, se levantó, dejó la mitra y entonó el *Te Deum*. Cuarenta mil voces han continuado el canto para desahogar los corazones llenos de entusiasmo y dar gracias a Dios que había permitido ser glorificado en sus santos. Las campanas de la basílica trasmitían la alegría de los asistentes a los fieles que no habían podido participar de ella: los cañones de Santángelo anunciaban a la ciudad eterna el grande suceso, y las campanas de todas las iglesias convidaban a los fieles a rezar las oraciones prescritas para ganar las indulgencias. Los corazones estaban poseídos de santo gozo, de la alegría del Señor.

Después del *Te Deum* recitó en alta voz el primer cardenal diácono el versículo: «*Orate pronobis Sancti Petre Baptistæ, Paule vestrique socii et Michael. Alleluia!*» Después de contestar el pueblo a este versículo, rezó Su Santidad la oración propia de los nuevos Santos:

«*Domine Jesu Christe, qui ad tui imitationem per crucis supplicium primitas Fidei apud Japoniæ gentes in Sanctorum Martyrum Petri Baptistæ, Pauli et sociorum sanguine dedicasti; cuique in corde Sancti Michaelis, Confessoris tui charitatis ignem exardescere fecisti, concede quæsumus, ut quorum hodie solemnitas colimus, eorum excitemur exemplis. Qui vivis et regnas in sæcula sæculorum.*»

La palabra *Amen*, contestada por el pueblo, dió fin al acto de la canonización.

Subiendo en seguida el Padre Santo al trono, se revistió de pontifical para la celebración de la misa; también se dispusieron los prelados citados arriba como asistentes al trono, el excelentísimo señor Mattieu asistía a Su Santidad en calidad de cardenal obispo, Antonelli en calidad de diácono ministrante, y monseñor Nardi, auditor de la Rota, en calidad de subdiácono apostólico. Se ha unido la oración de los nuevos santos a la del día, con la misma fórmula final, y cantando el Evangelio en latín y en griego, pronunció Su Santidad una tiernísima homilía en honor de los veinte y siete confesores de la fe. En seguida el cardenal diácono ministrante rezó el *Confiteor*, añadiendo a las palabras «*Pedro y Pablo, Petro Baptistæ, Paulo, eorum sociis et Michaeli.*»

Dirigiéndose entonces el subdiácono con la cruz en la mano al trono, promulgó la indulgencia plenaria concedida a todos los fieles presentes a la ceremonia, y parcial para el que visite los sepulcros de los santos el día consagrado a su fiesta. Al dar la bendición apostólica el Padre Santo, incluyó los nombres de aquellos en la fórmula: *Sanctorum Petri Baptistæ, Pauli, eorum sociorum et Michaelis.*

En el ofertorio se ha hecho la presentación de las oblacones de cirios, pan, vino, agua, dos tórtolas, dos palomas y algunos pajarillos.

Las oblacones estaban colocadas en tres mesas a la izquierda del altar. En cada una de esas tres mesas, que correspondía a las tres diversas postulaciones, había cinco cirios en los que estaban pintadas las armas pontificias y las de la orden del santo; dos cirios de estos pesaban a 65 libras cada uno, y los restantes 12.

Al lado había en platos de plata dos panes, dorado el uno y el otro plateado, con las armas del Soberano Pontífice; dos barrilitos, dorado también uno y plateado otro, contenían el vino y el agua, y tres jaulas, las tórtolas, palomas y pajarillos.

Sabido es que el honor de presentar las oblacones al Padre Santo está reservado a los cardenales de la congregación de Ritos con asistencia de sus gentiles-hombres, religiosos de la orden de los Santos, ó de alguna que otra persona que tenga título para este favor.

Los Eminentísimos cardenales Patrizi, de la orden de obispos; Gouset, de la de presbíteros; Ugolini, de la de diáconos, y Clarelli, procurador de la canonización, han ido a tiempo del ofertorio a las mesas, seguidos de las personas designadas para llevar las oblacones, y se han presentado en seguida ante el trono guiados por un maestro de ceremonias y precedidos por los maceros apostólicos.

El cardenal postulador, que marchaba al lado del cardenal obispo, ha subido las gradas del trono y se ha colocado al lado del Pontífice. Avanzando entonces hacia el trono el cardenal obispo, ha cogido de manos de sus gentiles-hombres los dos grandes cirios que han presentado a Su Santidad. El Soberano Pontífice los ha bendecido y enviado al postulador, quien los ha vuelto a enviar a Su Santidad: lo mismo se ha hecho con las palomas.

El Eminentísimo cardenal presbítero ha ofrecido entonces los dos panes llevados por sus gentiles-hombres, y el cardenal procurador el segundo cirio pequeño y la jaula de tórtolas.

Después ha ofrecido el cardenal diácono los dos barriles de agua y vino que habían llevado sus gentiles-hombres, y el Eminentísimo procurador el tercer cirio y la jaula de pájaros.

Colocados en sus respectivos sitios todos estos personajes, excepto el cardenal-procurador, que ha permanecido en el escabel del trono, se han hecho las otras dos oblacones: la una para los santos jesuitas, en la que han tomado parte los cardenales Altieri, Scytowicz y Botundi, y la otra para San Miguel de los Santos, en la que han tomado parte los cardenales de Reisach, Villecourt y Roberti.

Habían terminado las oblacones.

Entonces el Padre Santo, dejando el gremial que había tenido durante la presentación, se ha lavado las manos con el agua que le ha echado el senador de Roma y enjugado con la toalla que le tenía el cardenal obispo asistente; después ha continuado la misa el Soberano Pontífice.

Concluido el santo sacrificio y ofrecido el *Presbiterio*, según costumbre, por el Eminentísimo decano del Sacro Colegio, se ha quitado los ornamentos Su Santidad en la capilla de la Piedad y se ha retirado a sus habitaciones.

El número de fieles de todas condiciones y naturalezas que ha concurrido a la basílica para participar de las emociones de esta ceremonia ha sido extraordinario y superior a lo que podía esperarse. Estaban en tribunas separadas SS. MM. el rey y la reina de las Dos Sicilias, S. M. la reina viuda de Nápoles, sus hijos el conde y la condesa de Trani, los condes de Trapani y Doña Isabel María, infanta de Portugal. El cuerpo diplomático y todos los grandes personajes romanos y extrangeros estaban igualmente en las tribunas.

La ceremonia ha acabado a la una de la tarde: la multitud ha pasado el resto de este gran día alegre y recogida. Por la noche han estado iluminadas las iglesias de los franciscanos, jesuitas y trinitarios y otros edificios, y en especial el puente de Santángelo, cuyos estribos estaban cubiertos de antorchas y faroles, que se reflejaban en las aguas del Tiber.

Hé aquí ahora la alocución pronunciada en la capilla Sixtina por nuestro Santísimo Padre el papa Pío IX, el día 6 de junio de 1862, y dirigida a los sacerdotes católicos que han acudido a Roma para asistir a la solemne canonización de los mártires japoneses:

«*Espectáculo admirable y agradabilísimo es para nos el veros reunidos en tan grande é inusitado número con los venerables obispos de todo el orbe, alrededor de nos y de la cátedra docente del bienaventurado Pedro. Merced a este espectáculo, no solo experimentamos alivio en nuestros dolores, sino que casi nos olvidamos de ellos.*

Debido es todo a Dios, autor de la paz y la concordia, quien ha dado a guardar a su Iglesia la unidad en el vínculo de la paz, para que todos los fieles sean un solo cuerpo y una sola alma. En esta unidad estriban principalmente la gloria de los fieles, la honra de la Iglesia y el terror de sus enemigos, a cuyos ojos presenta la Iglesia aspecto tan imponente como un ejército formado en batalla. Alistados en este ejército bajo el mando de vuestros pastores, presidido por el jefe supremo, y firmes en vuestras filas, obedeced las voces de mando con la misma disciplina que en un ejército subordinado a su general sus capitanes. Lo que hoy acontece en medio de las causas de dolor propias de esta época, es para que los pastores se agrupen mas estrechamente unos con otros en derredor de su jefe.

Seguid pues sus pasos y continuad adheridos a la Sede apostólica con el triple vínculo de la oración, la caridad y la doctrina; de la oración, que hiende las nubes hasta llegar al cielo, y por medio de la cual nos obtenemos la posesión de todo bien y el alejamiento de todo mal: de la caridad, en cuya virtud nos crecemos en todas cosas por medio de aquel que es la cabeza, Jesucristo, por el cual crece y se eleva también todo el cuerpo unido y compacto: de la doctrina, en fin, con la cual nos conservamos intacto el depósito de la fe, y por la cual la Iglesia, como que está inundada de la luz del Señor, espárese sus rayos por todo el orbe. No se nos oculta que son tristísimos los tiempos presentes, y que el blanco principal de los tiros es la cátedra de San Pedro. Pero se halla esta tan sólidamente fortificada por Dios, que ni la depravación herética podrá nunca corromperla, ni la perfidia pagana derribarla.

Por eso se estrellará contra esa piedra la osadía de toda crédula impiedad, y se desvanecerá como los ensueños añejos y las fabulas muy repetidas. Así que regreséis cada uno a vuestra patria, enseñad todo esto a los fieles que están bajo vuestra custodia, é imbuid en ellos cada día el espíritu católico con que vosotros habéis podido ampararos a manos llenas en la fuente de la unidad: que sepan los fieles que todo arroyo que deja

de nutrirse en la fuente se seca: que sepan además, que solo serán coronados aquellos que hayan legítimamente combatido; que sepan, en fin, que todos deben sostener y defender firmemente la unidad de la Iglesia.

Tened por seguro, que así dispuestos y siguiendo con eficacia el ejemplo de vuestros pastores, Dios, infinitamente bueno é infinitamente grande, confirmará con su celestial bendición este lazo de unidad, y recibid como sólida garantía nuestra bendición apostólica, la cual os damos a todos con grandísimo amor, y no solo a vosotros, sino también a los fieles confiados a vuestra custodia, esperando que vuestra venida cerca de nos servirá para que les lleveis frutos espirituales. Asimismo os otorgamos de nuestra propia voluntad la gracia, de que el día que designen vuestros respectivos obispos, podáis, cuantos aquí os hallais reunidos, procedentes de varias naciones, dar por una vez a los fieles encomendados a vuestro celo espiritual, la bendición apostólica con aplicación de indulgencia plenaria para los que, purificándose con la confesión sacramental y recibiendo la sagrada comunión, oren fervorosamente ante el Padre de las misericordias por la exaltación y triunfo de la santa madre Iglesia.»

Incendio de las casas consistoriales de Burdeos.

El 13 de junio último a las once y cuarto de la noche un municipal que pasaba por el patio de Albret vió que salía un vivo resplandor de la ventana del segundo piso de las casas consistoriales mas inmediata al pabellón del centro. Este agente corrió a dar aviso; pero algunos empleados de la alcaldía, auxiliados por otras personas, habían roto ya las puertas que conducen a este aposento para esforzarse en apagar el fuego antes que tomase incremento. Pronto conocieron que sus esfuerzos serian inútiles, y media hora después, a indicación suya, tocaban a rebato la campana mayor y las de la catedral.

La población acudió en seguida en masa al sitio del desastre, y casi al mismo tiempo los bomberos y los soldados de la guarnición estaban en su puesto. El foco del incendio estaba en la parte posterior del cuerpo de edificio de la derecha que da a los jardines, y las llamas eran violentas y amenazaban el pabellón central.

Se organizaron los auxilios, pero desgraciadamente no pudo asegurarse en seguida el servicio de las bombas por todos lados, pues en algunos puntos faltó sin duda el agua por no haberse encontrado las llaves de las fuentes. Esto dió tiempo al azote para tomar incremento y desafiar durante dos horas todos los esfuerzos.

El ala del edificio donde había principiado el fuego contenía los archivos y varias oficinas de administración, y las riquezas bibliográficas y casi todos los manuscritos fueron presa de las llamas. Un resplandor inmenso se proyectó sobre toda la fachada iluminando siniestramente la ciudad, é hizo creer en un desastre mayor del que realmente lamentamos.

El pabellón central, que desaparecía entre las llamas a cada instante, inspiró seria inquietud, pues se vió muy pronto que su conservación dependía únicamente de la pared de separación del ala derecha, pared robusta que solo podía protegerlo. Se sacaron los muebles mientras trabajaban las bombas, y se trataba de limitar el incendio.

El segundo piso tuvo que abandonarse al fuego, y a las doce de la noche las vigas carbonizadas se rompieron y cayeron, la techumbre del centro fué rápidamente devorada y la del ala derecha se desmoronó con estruendo, no quedando en pie mas que el asta de la bandera, la campana del reloj y el para-rayos.

Una hora después el suelo del segundo piso del pabellón del reloj se desplomó sobre el del primero, en la parte donde se halla la sala de sesiones del ayuntamiento, la cual, sobrecargada con un peso tan enorme, cedió también y cayó en el gran salón de recepciones llamado del Emperador.

El desplome de estas techumbres puso en peligro de muerte a ocho personas que se hallaban en la sala de sesiones, y eran el capitán de bomberos M. Baliaud, y los zapadores Smid, Czae, Boyer, Ripanehand, Banquey y Durand, los cuales cayendo entre los escombros, se salvaron milagrosamente de un peligro inminente, recibiendo tan solo algunas heridas mas ó menos graves. Tenemos la satisfacción de añadir que no ha habido ninguna desgracia de importancia, a pesar del celo de los trabajadores y la generosa imprudencia de los bomberos y soldados.

A las dos se había dominado el incendio, que ha ido disminuyendo desde entonces.

Se presume que las pérdidas materiales ascienden a cuatrocientos ó quinientos mil francos, que indemnizarán las compañías de seguros; pero la pérdida mas irreparable es la de los archivos, que contenían la historia del país hasta nuestros días.

No se sabe a qué atribuir las causas del incendio. Circula el rumor, pero no es mas que un rumor, de que los empleados de la sección de obras públicas, que acostumbraban a fumar en la oficina, dejaron en el suelo una punta de cigarro, que fué la causa del incendio; pero este rumor es inverosímil, porque dichos empleados salen de la oficina muchas horas antes de la que principió a declararse el fuego.

Ha podido salvarse la caja de la alcaldía, y solo se han perdido tres mil francos.

El consejo municipal ha destinado fondos para socorrer á los heridos.

Ya hemos dicho que la poblacion acudió en seguida al desastre. Los habitantes guiados por su celo se dedicaron á sacar los cuadros del museo cuyas salas se extendian sobre los pisos incendiados. «¡Libremos los cuadros!» exclamaban por todas partes, y cada cual se precipitaba á los lienzos. En el tumulto algunas pinturas se estropearon algo, pero la mayor parte de ellas llegaron sanas y salvas á lugar seguro. Fué un milagro que no hubiese mayor número de desgracias que deplorar, pues la confusion era muy grande.

Sin embargo, varios cuadros debieron quedar comprendidos en el desastre. Con efecto, los marcos demasiado pesados para poder ser manejados facilmente permanecieron en sus puestos donde muy pronto los consumirian las llamas. Lo mismo ha debido suceder con los lienzos que guarnecian las salas y corredores de los pisos altos. La sala que encerraba la *Cacería de leones* de M. Delacroix, el *Paisaje* de M. François, el *Incendio del Austria* de M. Isabey y el *Combate de Sidi Ibrahim* de M. de Neuville, no sufrió nada en la catastrofe. Tambien se ha conservado el gran lienzo de M. de Jouy que representa *Urbano Grandier*; pero el *Embarque de la duquesa de Angulema en Pouillac*, por Gros, hubo de resistir durante algunas horas la accion de las bombas; no obstante, los daños que ha sufrido tienen remedio afortunadamente. Los cuadros de la escalera principal han quedado intactos. La pequeña estatua de Luis XV fué sacada sin averia: es el modelo de un monumento ecuestre que adornó en otro tiempo la plaza Real, inaugurado el 10 de agosto de 1743.

Un regalo de cuarenta y cinco cua-



S. A. R. el príncipe de Gales.

dro hecho á Burdeos por el Museo central de Paris en 1802, fué el núcleo de la coleccion actual, que se engrandeció con los donativos del Estado y de particulares, y varias compras que la pusieron en primera linea entre las colecciones departamentales. Antes del incendio el Museo contaba quinientos cincuenta y un cuadros y veinte y ocho obras de escultura.

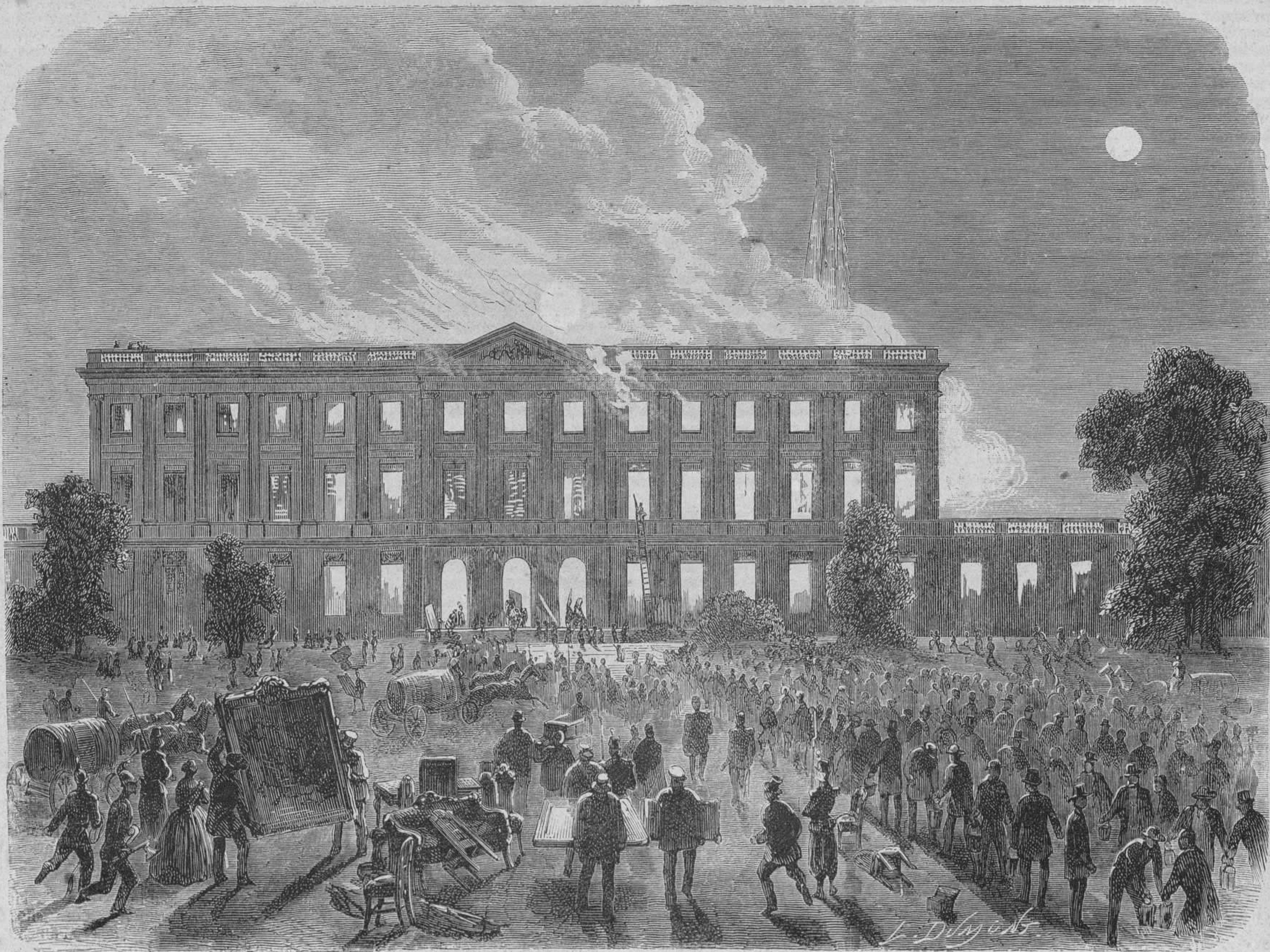
Hé ahí el museo salvado en gran parte, pero no puede decirse lo mismo de los archivos y del gabinete de dibujos, donde han sido presa de las llamas manuscritos de reyes, de principes y de personajes ilustres que constituyen una pérdida irreparable.

O. M.

El museo Campana.

(Véase el número 493.)

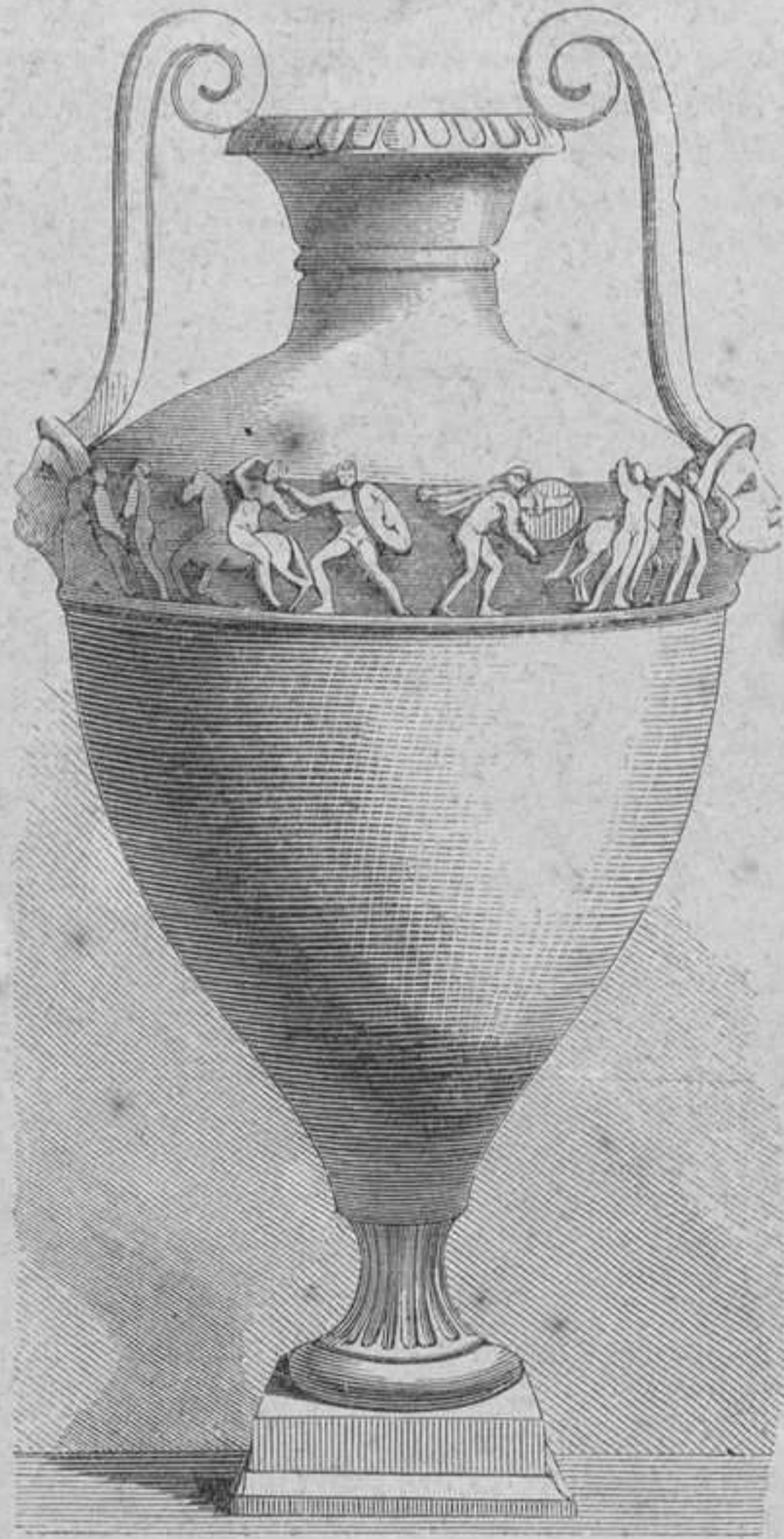
A falta de catálogos de la série de las vasijas que hasta hoy no han podido darse al público, se han puesto letreros en cada sala que guian al espectador por medio de esa coleccion tan numerosa. El primer salon contiene las vasijas de pasta negra de Cerveteri, de Chiusi, de Vulci y de Veies: cerámica singular que pertenece exclusivamente á la Etruria. ¿Tenemos aquí el principio del arte tosco de los alfareros etruscos, ó es por el contrario la decadencia, el fin de esa fabricacion? Los extremos se tocan, y el mal gusto de un arte que se acaba se parece mucho á las probaturas de un arte que comienza. La ciencia se encuentra apurada para resolver esta cuestion. Sea como quiera, nada mas curioso que esas vasijas negras de las formas mas singulares, unas elegantes, otras toscas,



Incendio de las casas consistoriales de Burdeos.



Bajo-relieve. — Figuras de Sátiros.



MUSEO CAMPANA.

Anfora.



Bajo-relieve. — Hércules llevando presentes á Peles.

adornadas con figuras de hombres ó de animales en bajo-relieves. Hé aqui las canapes coronadas con cabezas barbudas, las anchas anforas, las hidrias, nombres poéticos que realzan un poco el uso vulgar en que se empleaban esas vasijas, pues á decir verdad vemos en la colección todos los cacharros de la casa etrusca, las jarras, los barreños, los platos y hasta el *puchero* sobre su hornillo de tierra cocida. Hay un cacharro notable, y es el que tiene el cuello medio cerrado por una placa de tierra cocida, especie de filtro adherido á la vasija. También citaremos los *focolari* ó fogones, a cuyo lado encontraron utensilios de cocina. En derredor del salón se ven en errecido número esas grandes vasijas sin asas, esos *dolium* acanalados, con algunos adornos en relieve, que servían para el aceite ó el vino.

La serie siguiente lleva el nombre de vasijas de Corinto. Estas vasijas provienen de los descubrimientos hechos en los sepulcros de Agylla y de Cerveteri. Sobre una tierra de co-

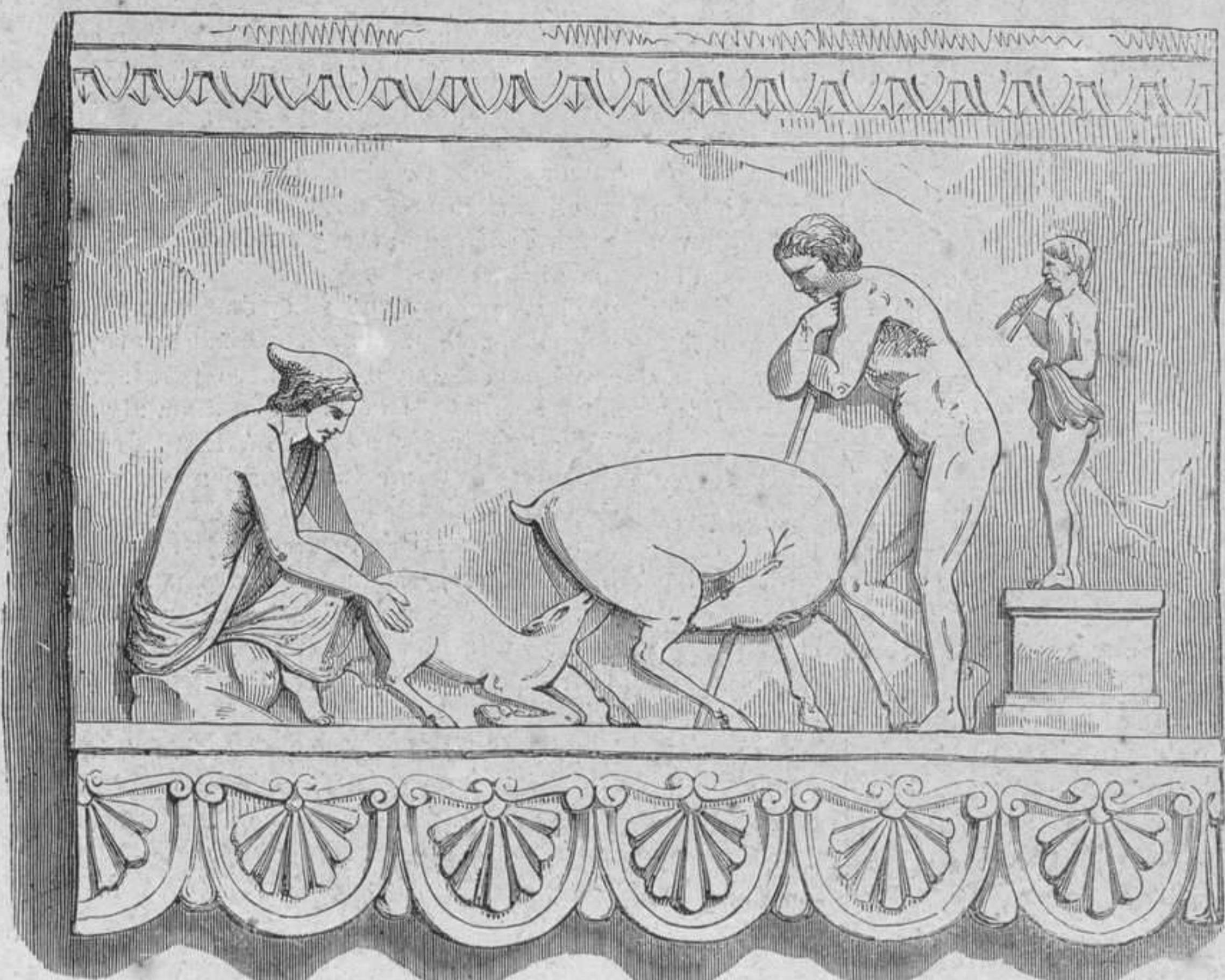


Guerreros combatiendo. — Vasijas diversas. — Aquiles y Ajax jugando á los dados.

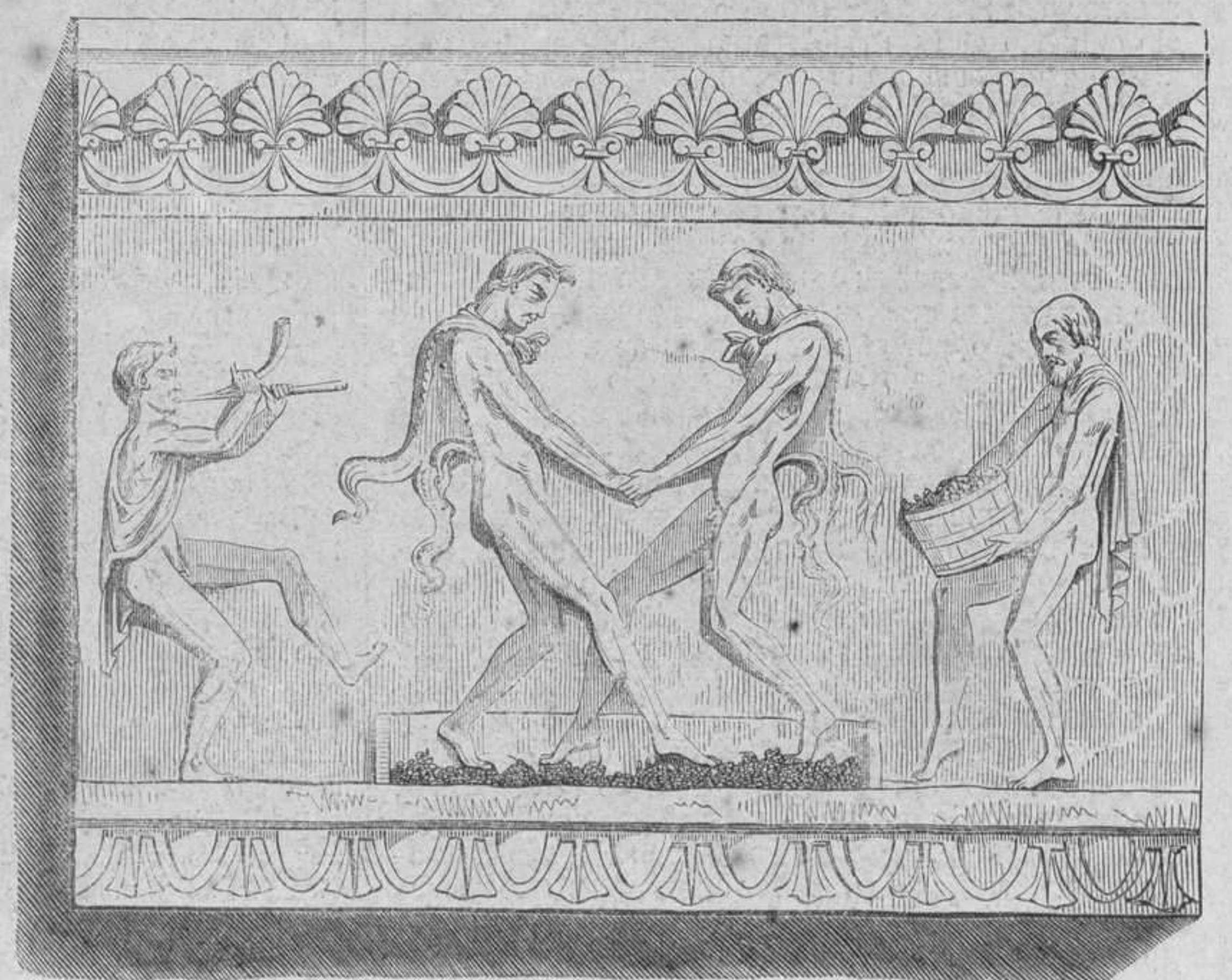
lor blanquecino se ven pintados en negro y encarnado unos animales que recuerdan los que adornan las vasijas de estilo asiático. Estos objetos presentan inscripciones de caracteres arcaicos corintios, análogos á los recogidos en los mármoles descubiertos en la isla de Corfu, lo que da á esta alfarería un origen indisputable.

Aquí se ocurre una pregunta: ¿provenían de Corinto estas vasijas halladas en las tumbas etruscas, ó fueron fabricadas en la Etruria por artistas corintios? Todo induce á creer que fué esto último.

El primer griego que llegó á establecerse entre los etruscos fué un heredero de la raza real de los Bacchiades de Corinto, Demarate, que arrojado de su ciudad natal, fundó un establecimiento en Tarquinies. El fugitivo llevó en su compañía una especie de colonia, y entre los que siguieron al corintio desterrado se encontraban un alfarero y un dibujante, Eucheir y Engrammos. Estos artistas introdujeron pues en su nueva patria los procedimientos usados en Corinto, y



Bajo-relieve. — Pastores griegos.



Bajo-relieve. — Sátiros pisando la vendimia.

infelices; hoy la policía acaba de descubrir otra intriga por el estilo y de una grande importancia, no solo para el comercio francés, sino para el de muchas partes del mundo.

Habiase abierto en París en la calle Meslay, con mucho estrépito de anuncios y circulares á las casas de comercio mas acreditadas, un establecimiento de comision, que segun su programa, extendia sus operaciones en toda Europa, en Egipto y hasta en América.

Esta casa famosa disponia de fondos considerables (léase imaginarios), que la eran enviados para compras de mercancías, sobre todo de los artículos de París.

Todo en el establecimiento parecia organizado en grande escala. Allí se hablaban todas las lenguas; los carruajes obstruían la calle, y era aquello una procesion de gentes que entraban y salian con talegas al hombro.

Desde por la mañana hasta por la noche se oía el ruido de las monedas de oro que se ponian en la caja. En suma, el aparato escénico se hallaba perfectamente combinado para seducir al público y hacerle creer que era aquella una de las principales casas de comercio que puede haber en el mundo.

Tres socios, uno francés, otro holandés y otro inglés se hallaban á la cabeza de los negocios.

La empresa pareció tan sólida y bien organizada, que en un momento en que la guerra de América producé un entorpecimiento en las transacciones, muchos comerciantes vieron en esta nueva casa una compensacion providencial, y como en ella solo se operaba por grandes cantidades, se apresuraron á enviarla grandes partidas de artículos que tenian de sobra en sus almacenes.

El pago se hacia en papel á corto plazo, y la época del vencimiento era igual en todos los pagarés que se firmaban.

Las mercancías se enviaban á Londres inmediatamente.

El día prefijado todos los comerciantes acudieron con sus pagarés, y se encontraron con dependientes recién admitidos y que no tenian noticias de semejantes deudas. Los amos habian desaparecido. Reconociendo entonces que habian sido víctimas de una estafa, dieron queja, y las diligencias practicadas han dado el resultado feliz de la prision de los tres socios, hecha en el instante en que iban á salir para Londres.

Por la instruccion del sumario se ha venido á saber que estos individuos formaban parte de una sociedad perfectamente organizada que trabajaba á la vez en España, Portugal, Inglaterra, Bélgica y Holanda. En el día se espera que en todos estos países los miembros de tan culpable empresa serán puestos tambien á buen recaudo.

En cuanto á teatros, nada nuevo en la semana. Y decimos nada á pesar del drama titulado *Delfina Gerbet*, por MM. P. Foucher y Regnier, porque esta obra no es de las que pasarán á la posteridad como una gran produccion literaria. La ficcion se funda en una idea falsa y chocante: se trata de una lucha de amor filial por partida doble; es una jóven que tiene aliento para sofocar la voz de la sangre á fin de seguir las inspiraciones de la gratitud. No puede ser mas triste este resultado. No obstante, hay interés y situaciones dramáticas; pero esto no basta, y á pesar de ciertos elogios interesados, el público no considera *Delfina Gerbet* como una obra importante.

La diversion á la moda en París es hoy el Concierto de los Campos Eliseos, alternado por las representaciones del Circo. El Concierto es el punto de reunion de la buena sociedad francesa y extranjera; no se nos pregunte cuál es el programa, pues nadie concurre por la música, y si solo por verse y conversar en un inmenso salon que monopoliza la sociedad de veinte ó treinta salones.

En cuanto al Circo de la Emperatriz, presenta, sobre todo los sábados, un espectáculo en otro espectáculo; todas sus graderas están ocupadas por una muchedumbre elegante, la misma que la del Concierto, y que viene aquí con igual intencion, es decir, con el firme propósito de no ocuparse para nada de la funcion ecuestre que sirve de pretexto á estas reuniones propias del verano.

MARIANO URRABIETA.

Sin honra y sin pan.

(DOLORA.)

— ¡No llores, hija del alma!
Ven á mis brazos y alienta,
Que ya está cerca la venta
Donde nos recogerán.
— ¡Ay! ¡madre del alma mia!
No sé qué tengo, que siento
Que ya me falta el aliento...
Madre mia, ¿tienes pan?
— Hija mia, ten valor.
Vamos, vamos...
De la venta
Cerca estamos,
Y á las dos
¡Nos recogerán por Dios!

— ¡Ay! madre mia, si dicen
Que no hay lugar do durmamos,
Si en el campo nos quedamos,
De nosotras ¿qué será?
— No lo creas, hija mia.
¿Habrà alguno tan impio
Que morir de hambre y de frio
Sin piedad nos dejará?...
¡Hija mia, ten valor!
¡Vamos, vamos!

De la venta
Cerca estamos,
Y á las dos
¡Nos recogerán por Dios!

— Dí, madre, ¿porqué mi padre
Venir solitas nos deja,
Y de nosotras se aleja?
¿Dó está mi padre?... ¿Dó está?
— No sé, mas quizá mañana
Le veremos, hija mia.
¡Verás, verás qué alegría
Volver á vernos le da!...

— ¡Ay, madre! tendré valor
¡Vamos, vamos!
De la venta
Cerca estamos,
Y á las dos
¡Nos recogerán por Dios!

— ¿Porqué te detienes, madre?
¡Estás, como yo, temblando,
Y como yo, estás llorando!...
¡Tienes hambre!... ¿no es verdad?

— Hija, si encuentras un día
En este mundo á tu padre,
Díle que tu pobre madre
Le bendijo al espirar.

— Madre, ¿te falta valor?...
¡Vamos, vamos!
De la venta
Cerca estamos,
Y á las dos
¡Nos recogerán por Dios!

— Dí á tu padre que perdono
Su ingratitud, su falsía,
Y que por tí, vida mia,
Pedí mendigando el pan.

Díle que mi amor fué puro
Y grande cual tu inocencia,
Y díle que á su conciencia
Se lo puede preguntar.

¡A morir, hija!... ¡Valor!
— ¡Vamos, vamos!
De la venta
Cerca estamos,
Y á las dos
¡Nos recogerán por Dios!

— ¡Está cerrada la venta!
— ¡Ay, madre! y ¿á dónde iremos?
— Espera, que llamaremos
Implorando caridad.

— No nos abren, madre mia.
Sentémonos aquí, madre,
Y así, si viene mi padre,
Mas pronto nos hallará.

Madre, tengamos valor...
— Sí, hija mia,
Que ya pronto
Vendrá el día,
Y á las dos
¡Nos recogerán por Dios!

Y cuando montes y valles
Alumbraba el nuevo sol,
Estaban sus almas juntas
En la presencia de Dios.

CARLOS FRONTAURA.

Cantares.

En aras de tu belleza
Quemé el incienso de amor,
El oro de mi bolsillo,
La mirra del corazón.

Arbol que al cielo levantas
Tu copa de flores llena,
No escondas tus ricos dones
A los pájaros que vuelan.

Cuando el reló dé las doce,
Yo saldré del cementerio,
Para ver si en vivos sueñas
O si ruegas por los muertos.

Hijo mio, cuando muera,
Mi nombre verás escrito
En la losa de mi tumba
Y en el libro del olvido.

Del pleito en que tú eres parte
Yo mismo te nombro juez,

Mas que seas mi verdugo
No lo puedo comprender.

Aunque á la córte me parto
No temas que yo te olvide,
Que la lluvia de los cielos
A la tierra se dirige.

No bajas los ojos, niña,
Cuando te encuentres conmigo,
Que si los alzaras vieras
Que ni tan solo te miro.

Tienes los ojos azules
Como las olas del mar;
A veces dicen bonanza
Y otras veces temporal.

De día cantan los pájaros,
De noche cantan las ranas,
« Descansad » dicen las unas,
Los otros « ya viene el alba. »

El motivo de mis quejas
De día te lo diré;
De noche te sonrojarás...
Y no lo pudieras ver.

Las estrellas que de noche
Brillan en la oscuridad,
No han visto la luz del día
Ni podrán verla jamás.

Era una flor sin espinas,
Eran amores sin celos,
Era una mujer constante...
Mas todo junto era un sueño.

Tu corazón por lo visto
Se parece al heliotropo,
A todo el mundo le dices:
« Solo á tí miran mis ojos. »

Mientras danzabas anoche
Decian gentes villanas
Que al salir del tocador
Te pusiste colorada.

Hay un río en este mundo
Cuyas arenas son de oro;
Por cogerlo unos se ahogan
Y otros se manchan de lodo.

TERENCIO THOS Y CODINA.

Las demoliciones en Ruan.

Las grandes ciudades de Francia siguen las huellas de la capital, es decir, tratan de embellecerse y sanearse. El dibujo que damos en la página siguiente representa las demoliciones de calle Anciere en Ruan, que han dejado á descubierto la magnífica cabecera de la iglesia de San Vicente y el hermoso perfil de la torre de San Andrés. Esta vasta zanja que ha tomado ya el nombre de calle de la Emperatriz, se prolonga ahora, salvo una ligera solución de continuidad, hasta el boulevard Bouvreuil, no lejos de la estacion del ferro-carril (orilla derecha).

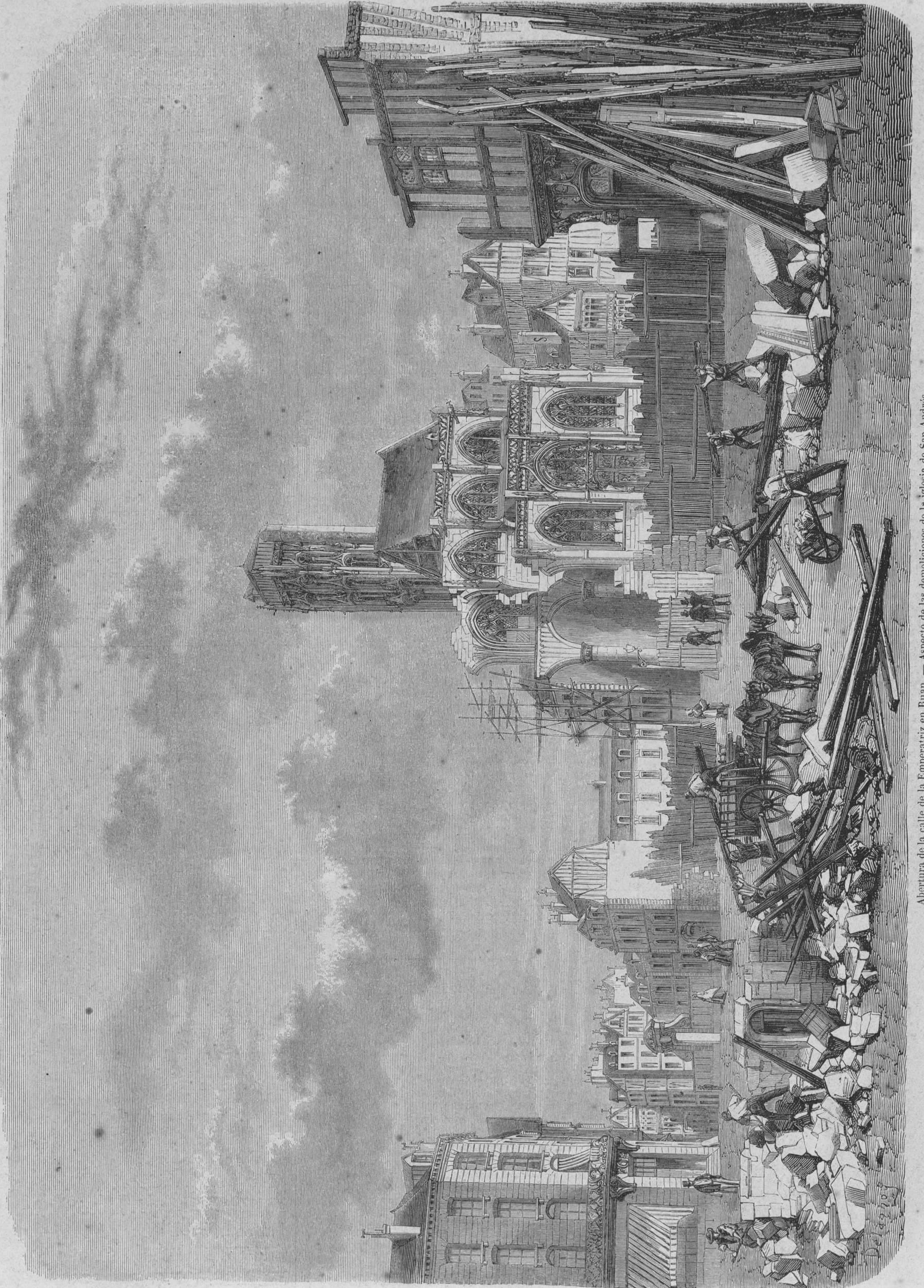
Formando la cruz con esta última, que se atraviesa en la plaza Solferino, la calle del Hotel de Villa tambien se halla abierta en parte, y lo mismo sucede con la prolongacion de las calles de los Judíos y Saint-Ló que desemboca en el Mercado Viejo, y con el ensanche de la calle de Faulx, en el barrio Saint-Ouen.

El espectáculo que esas grandes aberturas ofrecen á las miradas del espectador tiene algo de extraño é indescripible. Las antiguas casas de madera tan diferentes por sus formas caprichosas, por el color de sus paredes, y que durante algunos siglos se han mantenido en pie con asombro de todo el mundo, han sido demolidas. Varios artistas extranjeros han ido últimamente á Ruan para dibujar esas ruinas; pero ya es algo tarde, pues poco, muy poco queda en pie del antiguo conjunto. Sin las diversas obras en que se hallan consignados los tipos de las antiguas construcciones, no quedaria de ellas ni memoria.

Es verdad que en nuestra época el amor á las comodidades triunfa generalmente del culto de los recuerdos. Ruan ha sido cuna de altas celebridades, y sin embargo, no sabemos que ningun millonario de esa ciudad haya tenido jamás la idea de vivir en la calle de la Pie, en la casa del gran Corneille. El último inquilino de esta barraca, donde nació el célebre poeta tragico, era un cerajero. Para echar abajo en la calle de los Judíos la casa del pintor Jouvenet hubo que despedir de ella á un humilde maestro de obra prima. Un licorista ha establecido su mostrador en el antiguo domicilio de Boieldieu, calle de los Ours. En cuanto á la morada del filósofo Fontenelle que se levanta á la esquina de la calle de Bons-Enfants está habitada en la actualidad por un desollador de chimeneas.

Sin embargo, en lo concerniente á las cosas de arte no se debe pasar ningun cuidado; pues la inteligente solicitud del municipio sabrá libertarlas del olvido colocándolas entre las demás curiosidades del museo del departamento.

A. F.



Abertura de la calle de la Emperatriz en Ruan. — Aspecto de las demoliciones de la iglesia de San Andrés.



Viaducto del Sarina en Friburgo (Suiza).

Viaducto del Sarina en Friburgo (Suiza).

El viaducto del Sarina en Friburgo que se está terminando actualmente, es una de las obras mas gigantescas que se hayan construido hasta aqui para el establecimiento de las vias férreas en Europa.

La altura tomada sobre el camino en el punto mas bajo del valle, es de 78 metros, y el largo total es de 334 metros. Esta distancia se halla dividida en siete compartimientos por seis machones de base de fabrica, cuya altura varia segun el perfil del valle, y coronada con una parte metalica de una elevacion de 43 metros.

El peso total de los hierros y fundiciones empleados será de 3.260.000 kilogramos, de ellos 1.530.000 para el tablero, y 1.730.000 para los machones.

El peso de un machon es pues de 288.300 kilogramos, de ellos 200.800 de fundicion y 87.500 de hierro.

A consecuencia de estas dimensiones la construccion de la obra presentaba dificultades considerables que excluian los diversos modos empleados hasta entonces en las obras de este género ó las hacian sumamente costosas.

Estas dificultades fueron vencidas satisfactoriamente por los ingenieros de la compañía del Creusot, que emplearon un nuevo sistema, el de hacer servir el mismo tablero para la elevacion de los machones, montandole sobre el terraplen de uno de los estribos y llevandole sucesivamente al aplomo de cada machon para hacer bajar las piezas destinadas a la elevacion de estos últimos.

En nuestro dibujo se distingue todo el tablero, del cual tres compartimientos fueron colocados primeramente en el puesto donde están los tres últimos. Por medio de un sistema de encaje y de una cadena marina sujeta a un árbol móvil colocado hacia atrás, llevaron la punta del tablero al aplomo del primer machon, dejándole resbalar sobre ruedas de fundicion y guiándole en su marcha por galetes horizontales.

Cuando el tablero llegó a ese punto, las piezas del machon fueron bajadas por medio del carroton móvil que se distingue al extremo, y colocadas sucesivamente hasta el último de los cinco pisos de columnas que componen el estribo. En el último piso se puso un armazon provisional para sostener cuatro rodillos destinados a recibir en la nueva marcha las plantas de la viga del tablero, y este, al que habian añadido el cuarto compartimiento mientras elevaban el machon, fué llevado por otra operacion de halaje al aplomo del machon siguiente, en cuya elevacion se procedió de la misma manera.

De lo que acabamos de exponer resulta que se necesitaban cuatro operaciones para llevar el tablero al punto en que le representa nuestro dibujo, y que faltan tres para que descanse en los dos estribos: cada una de estas operaciones dura de ocho a diez horas, y diez y ocho hombres dando vueltas a la manecilla de las ruedas de encaje ponen en movimiento esa masa considerable.

Los gastos de construccion de ese viaducto y de la linea entera han sido enormes; el *pobrecillo* canton de Friburgo que no cuenta mas de 150.000 almas, se ha impuesto el sacrificio de tomar prestados 20 millones para subvencionar a la compañía del camino de hierro.

La ciudad de Friburgo situada sobre un peñon escarpado y cortado a pico de una altura de 150 metros, posee dos puentes colgantes de construccion atrevida que llaman la atencion de los viajeros. El viaducto del ferro-carril a dos kilómetros de la ciudad, será no menos digno de interés, pues nada hay mas pintoresco que su situacion, y nada mas extraordinario que el efecto que produce a los ojos del observador, que llegando por el bonito paseo del Palatinado, y bajando al valle por el bosque situado a la izquierda de nuestro dibujo, se encuentra al salir de ese bosque al pie del inmenso puente sostenido en los aires por sus machones calados de una ligereza nunca vista.

Entre dos de los machones corre el riachuelo del Sarina que baja de las montañas del Oberland Bernés, donde tiene su nacimiento, riega de paso el hermoso valle del Gruyere, serpentea caprichosamente al pie de las rocas, sobre las cuales se ve la ciudad de Friburgo, y a pocos kilómetros del viaducto reúne sus aguas con las de los ventisqueros del Aar.

B. D.

El egoista y el filántropo.

¿Es el principio egoista el móvil de nuestras acciones? Muchas veces lo hemos dicho: no hay efecto sin causa. El orden físico está sometido a leyes. El orden moral obedece a las suyas. Pero algunas diferencias las distinguen, y las definen y las separan.

Todas las leyes obran fatalmente sobre el mundo y sobre el hombre, pero los efectos de las unas se dejan sentir siempre; los resultados de las otras pueden variar y varian en proporción al uso que hacemos de nuestra libertad. Las leyes físicas que rigen el curso de los astros son de suyo inalterables y sus efectos son ineludibles. Las leyes morales que obran sobre el espíritu son también eternas, pero el hombre puede huir de su rigor, y gozar de su bondad. La ley de la expiación se manifiesta bajo diversas formas. Tras el trabajo está la ciencia, tras la ciencia la verdad, tras la verdad la dicha. Tras el abandono está la ignorancia, tras la ignorancia el error, tras el error el sufrimiento. Y el trabajo ó el abandono dependen de la voluntad humana. Con el primero se obtiene la virtud, con el segundo el

vicio. A la virtud sigue el bien y todas sus consecuencias. El vicio es el origen del mal y de todos sus frutos. Luego la ley moral de la expiación viene a premiar la virtud y a castigar el vicio. Luego el rigor de esta ley puede eludirse por el hombre honrado. Luego el móvil de nuestras acciones no es una fuerza ciega ó irresistible que nos impela a obrar fatalmente. Luego son dos los móviles de nuestra conducta, el uno la materia ó la pasión, el otro el espíritu ó la razón.

La materia animada ó inanimada obedece a principios fatales. Los cuerpos celestes siguen un rumbo fijo. Los animales están sometidos a una ley poderosa, al impulso de sus pasiones, al móvil de su instinto. Pero el hombre necesita de otra guía, de otro resorte, de otra fuerza superior que contenga y neutralice y refrene la violencia de sus pasiones. Los irracionales se abandonan a sus tendencias materiales y realizan la armonía. El hombre abandonado a sus pasiones produciría el caos. Luego para que la armonía humana se establezca es indispensable esa fuerza sublime de la razón que nivele todas las demás, que las reduzca a sus límites, que obtenga su perfecto equilibrio.

¿Habran sido necesarias las precedentes consideraciones? Preguntábamos por el móvil de nuestras acciones, y preciso nos ha sido fijar la atención en las dos causas ó principios que guían ó impulsan nuestra conducta, pues solo así podremos saber dónde concluye el egoismo, dónde empieza la filantropía.

Pero ¿qué es el egoismo? ¿Qué es la filantropía? Se me dirá que el egoismo es un inmoderado amor al bien propio, y que la filantropía es un exagerado amor al bien ajeno, a nuestros hermanos, a la humanidad entera.

Distinguiremos. Es una ley general, universal y constante sin excepcion la mas mínima, que todos amamos el placer, que todos odiamos el dolor. Habrá gustos diferentes, existiran diversas simpatías, variaran los caprichos de todos, pero uno será el blanco a donde se dirijan nuestras miradas, nuestros trabajos, nuestros esfuerzos; al placer, al placer y siempre al placer. Es bien claro que una misma causa produce efectos distintos en cada uno de los hombres, segun sean sus gustos, segun sean sus simpatías, segun sean sus caprichos. Pero todos tienen la misma aspiración, todos pretenden gozar, todos huyen del sufrir. Y cuanto mas vehementemente sea nuestro corazón, mas enérgico será nuestro deseo, mas inmoderado nuestro amor al bien propio. Pero ¿seremos mas egoistas cuanto mas apasionados, ó cuanto mas anhelemos el goce, ó cuanto mas procuremos el placer?

Distinguiremos nuevamente. Si el egoismo consistiera en el inmoderado amor al bien propio, todos seriamos egoistas, y lo seriamos tanto mas, cuanto mayor fuera nuestra sensibilidad, mas sublime nuestra alma, mas pura nuestra conciencia. Y es que las conciencias mas puras adoran mas el bien, y que las almas sublimes rinden culto al bien, y que los corazones apasionados sienten un amor divino a todo lo que sea un bien. Y el egoismo se reputa justamente como un vicio detestable, como la fuente de todos los males, como el árbol de las pasiones bastardas.

Amar el bien es amar la virtud, es quererla con eficacia, es practicarla, porque no se puede amar la virtud viviendo en el vicio. Y el que busca el bien no lo rehuye, no lo esquiva, no lo rechaza. El que ama el bien, lo pretende, lo solicita, lo reclama, quiere obtenerlo, quiere poseerlo, quiere disfrutarlo. Y ¿será egoista el amante del bien? Quien así lo creyera, proclamaría un absurdo. Para definir las palabras egoista y filántropo, nos serán precisas algunas consideraciones.

La moral nos prescribe sus máximas severas, y determina la esfera de nuestra conducta, y clasifica todas nuestras acciones, y nos guía por la senda del bien, y nos separa de todos los escollos que se encuentran en el camino de la vida. La moral no transige con nuestros caprichos, y se opone al triunfo de nuestras pasiones, y solo acepta lo justo, lo razonable, lo equitativo. Ni hemos de abandonarnos a la corriente de las pasiones, ni hemos de reprimirlas por sistema. Los resultados que se producirían en ambos casos son fáciles de conocer. La satisfacción de nuestros brutales apetitos concluiría con nuestra especie. El deseo inmoderado de goces y su satisfacción cumplida, debilitaría nuestra naturaleza, esterilizaría nuestra raza, y detendría el curso de las generaciones. La continencia absoluta, la represión constante, la pureza exagerada y exclusiva, vendrían a producir idénticos resultados. Luego hay un prudente medio difícil de descubrir, y que ha de conciliar tan opuestos extremos, y que ha de entonar la mas perfecta armonía. Y este medio es la moral, la ciencia sublime que se ocupa de la bondad y malicia de las acciones humanas.

El bien y el placer se encuentran muchas veces, pero frecuentemente se hostilizan. Los placeres constantes pueden conciliarse con la virtud. Los placeres efímeros ó de impresiones son tan fugaces como ellas, y segun su calidad pueden convertirse en vicios.

Y es que los placeres del vicio estragan la sensibilidad y nos llevan al cansancio, al hastio. Por eso afirmamos que los placeres constantes pueden conciliarse con la virtud, porque solo puede existir placer constante cuando no hay infracción, y cuando no hay infracción no aparece el vicio. El abuso de dos grandes pasiones se contrasta con otras dos heroicas virtudes: la castidad y la sobriedad. La satisfacción de las necesidades proporciona un placer constante. Si estas necesidades se convierten en vicios, el placer nos embriaga; pero ese mismo placer adormece nuestra alma, embota nues-

tros sentidos, y destruye nuestra existencia. Luego conciliaremos el bien con el placer observando esta regla: *todos nuestros goces materiales deben limitarse a la satisfacción de nuestras necesidades*. Pero debemos advertir que nuestras verdaderas necesidades no están determinadas solamente por nuestra naturaleza física; pues si acudiéramos a todas sus exigencias como acuden los brutos, bien pronto desaparecería nuestra especie de la faz del mundo. Por eso viene en nuestro auxilio la moral, que nos dirige por la única senda que ha de llevarnos al bien. Y en cuanto a los placeres de otro orden mas superior debemos atenernos a este precepto: *Todos los placeres inmatrimales han de conciliarse con el bien ajeno, y nunca hemos de consentir en el mal de nuestros hermanos para proporcionarnos goces*.

La regla que acabamos de establecer y la que mas arriba dejamos consignada, pueden considerarse como dos principios de estricta moral. Y esto no es bastante para explicar la filantropía y definir el egoismo.

La filantropía es el amor que sentimos hacia nuestros semejantes. El egoismo es el amor inmoderado a todos nuestros placeres. El que desea la dicha de los demás, goza en el bien. El que ama directamente su persona quiere el placer. Y clara es la diferencia que separa el placer del bien. No puede amar el bien el que consagra su amor a su persona, porque el bien no se ha hecho para un individuo aislado, y nadie puede vincularlo, pertenece a la humanidad. El que desea el bien para disfrutarlo, no ama el bien, quiere su bien, ó en otros términos, es un avaro de placeres. El que ama el bien no lo concreta a su dicha, desea la felicidad de todos, quiere el bien general. Hé aquí delineados al egoista y al filántropo; pero aun hay mas que decir.

La naturaleza ha arrojado en algunos corazones el fuego del entusiasmo. Y este fuego calienta todo cuanto se le aproxima. Y este fuego es la savia de la justicia, de la virtud, de la honradez. Hay hombres que han nacido para amar; que es su pasión el cariño; que es su goce el bien ajeno, que es su delirio conquistar las mas fervientes simpatías. Y estos hombres anhelan los momentos de acreditar su abnegación, de arrostrar contrariedades, de prodigar sacrificios, de consagrarse al bien de la humanidad. Y ¿les llamaremos egoistas? ¿calificaremos de egoismo ese su santo amor? ¡oh! ¡No profanaremos tan puros sentimientos! El que empieza por amar a sus hermanos empieza por amar el bien, y los placeres que se proporciona los encuentra a través del bien, y todas sus aspiraciones se dirigen a la felicidad humana. El corazón del egoista no tiene mas fuego que el que ha de calentarle, y teme consumirlo, y trata de amontonar combustibles, y procura atraer materiales, y se esfuerza por rodearse de extraños elementos que alimenten su vida, que le acaricien, que le halagen, que le satisfagan todos sus caprichos, todas sus exigencias, todas sus necesidades. Las necesidades del filántropo están reasumidas en una, en el sentimiento. Y ¿para qué quiere mas goces?

También el egoista siente, pero siente padecer, y procura economizar el sufrimiento. Muchos repiten esta frase: *no tengo corazón para presenciar la desgracia*: no quiero ser su testigo. Esto es lo frecuente, porque frecuente es el egoismo, que es por regla general el móvil de nuestras acciones. El placer se busca con afán, no es el bien el que se pretende. El corazón del filántropo sufrirá horriblemente a la vista de la desgracia, pero su ánimo esforzado le dará valor para socorrerla.

Y ¿quién armoniza el bien con el placer? Y ¿quién destierra el egoismo? Y ¿quién purifica los corazones, y sublima los sentimientos, y difunde la filantropía? Solo hay un poder maravilloso que alcance tan inmarcesibles triunfos, y este poder es el de la moral, el sacrosanto poder de la divina religion, de la religion que anatematiza al egoista, y que glorifica al filántropo.

JUAN CANCIO MENA.

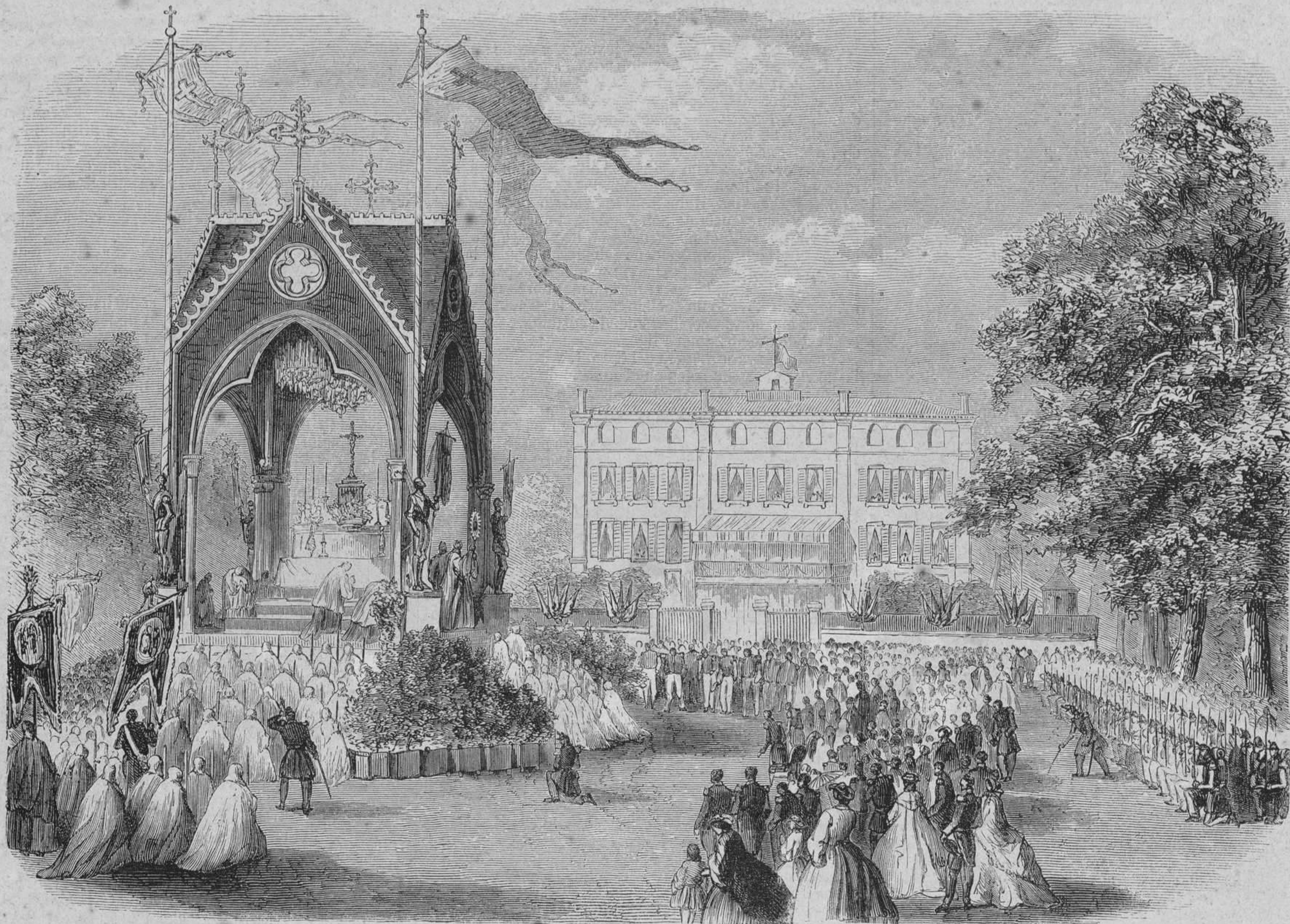
Acuérdate de mí.

I.

La noche está sombría;
La calle está desierta;
Al estrechar la mía
Tu mano siento yerta
Llamándome hácia tí.
¡Adios! — En tu ventana
Su luz el alba vierte:
Cuando al nacer mañana,
Su rayo te despierte,
¡Acuérdate de mí!

II.

No mas con alegría
Te oíré decir, ¡te amo!
No mas a la voz mía,
Cual pájaro al reclamo,
Vendrás... ¡ya te perdí!
Si al descender la sombra
Tu pecho da latidos,
Y piensas que te nombra
La brisa en sus gemidos,
¡Acuérdate de mí!



Altar levantado por los marinos en la plaza de Armas de Tolon el dia de la fiesta del Corpus.

desierto. Pero luego echó de ver que las sábanas no estaban en la cama, y al momento le ocurrió la idea de que sus hijas habrían ido a lavarlas al Sedelle, con lo cual se tranquilizó. Esta tranquilidad fué de corta duración: cuando al salir de su casa para contribuir á la confeccion de su altar respectivo, supo la inundacion del río y los desastres que la habian acompañado, pareció volverse loco... rechinábane los dientes; erizábansele los cabellos... habian dado ya las seis y sus hijas no parecian. ¡Desgraciado padre! acudió apresuradamente

á las piedras del Sedelle, pero allí le mostraron las dos palas que reconoció en el acto...

— ¡Hijas mias! ¡Hijas mias! exclamó; ¿en dónde están? ¡quiero mis hijas!

Y dominado por esta idea, el pobre anciano echó á correr, siguiendo las orillas del río hasta el molino de Gaulier. Viósele allí á las doce con la cabeza apoyada entre sus dos manos, en ademan meditabundo é insensible como una estatua... por la tarde tambien le halló un campesino, á dos leguas de la Southeraine, siguiendo

siempre el curso del Sedelle. Mas ¿cuál fué su destino? nadie lo sabe, porque desde entonces jamás se volvió a oír hablar de él.

La procesion tuvo lugar, como de costumbre, con una inmensa afluencia de fieles; pero en todos los semblantes se veia pintada la mayor consternacion. Los vecinos de Cristóbal habian guarnecido con ramas de ciprés el frente de su casa; todos querian á las pobres lavanderas, y todos sintieron por consiguiente su muerte desgraciada.



Regatas de Cannes (Francia). — Carreras del 5 de mayo.

Sus cadáveres fueron hallados ocho días después en el estanque del molino de Gaulier, envueltos en las sabanas como en dos paños mortuorios. No pocas personas lo juzgaron como un doble suicidio, y hasta el cura de la parroquia se negó a rezar por ellas las preces de los difuntos; mas los habitantes del barrio de San Miguel cavaron una sepultura al pie de un corpulento álamo del cementerio de Mousse-Gagnet, e hicieron celebrar un oficio fúnebre en memoria suya algunos días después en la iglesia de San Miguel.

Posteriormente cada año el día del Corpus á la una de la madrugada se oía desde el *Pozo de Sedelle*, ó desde el puente Lavaud, el ruido de las palas de las dos lavanderas en las piedras del lavadero. Este ruido parecía procedente del puente de Hosannet para el que se acercaba á las piedras, mas al llegar al puente de Hosannet, parecía procedente del estanque de Gaulier.

La tradición pues ha perpetuado hasta nuestros días esta leyenda, y yo he visto no pocas jóvenes levantarse antes de amanecer el día del Corpus, para ir á escuchar el ruido de las palas de Blondina y Albina. El pueblo, en su antiguo lenguaje de la Marca, las llamaba las jóvenes ahogadas. También yo he ido algunas veces á me-

ditar bajo el grande álamo del cementerio: al ponerse el sol veía dos blancas palomas que iban á posarse sobre el álamo.

Todo ha cambiado en la actualidad: el antiguo cementerio ya no existe, y el solar que ocupaba ha que-

do convertido en un campo de feria: el arado y la azada al remover los huesos de nuestros padres, los han confundido sin respeto en una zanja.

G. DE P.

Valle

Y REPUBLICA DE ANDORRA.

I.

NOTICIA HISTORICA.

No todo el mundo sabe que en el vertiente meridional de los Pirineos existe una pequeña república de seis mil almas independiente de la Francia y de la España, y cuyas leyes particulares se conservan puras desde Carlomagno hasta nuestros días; una república con sus vegueres, sus cónsules, su representación nacional, su fuerza armada, sus costumbres primitivas y sus usos tradicionales.

Ahora bien, entre los valles principales de los países fronterizos de Foix, se distingue, por el lado del vertiente al Norte el hermoso valle del

Ariege y el de Vicdessos, y por el otro lado al Sur, los de Embalira y Ordino; estos últimos constituyen el país neutro ó la república que lleva el nombre de Andorra. Eneajonado entre dos líneas de montes, limitado al Norte por la arista central y al Mediodía por el torrente Runer



Aldea de San Julian de Loria en el valle de Andorra.



Vista del valle de Andorra por el lado de Francia.

do apareció Carlota entre William y Dorotea.

— Os presento á madama de Nugel, exclamó esta, fijando en su padre sus hermosos ojos.

Loffen se estremeció.

— Perdonad, balbuceó Carlota, perdonad que no haya anunciado mi venida.

— El mariscal se felicita de las gratas sorpresas de sus amigos, añadió William.

— Además yo lo había dispuesto así por una razón, observó Dorotea.

Su padre le lanzó una mirada imponente.

— Hoy es San Silvestre, continuó la jóven sin desconcertarse.

Los señores se aproximaban á la recién llegada, y el mariscal, comprendiendo que debía ocultar sus impresiones, respondió friamente:

— Hija mía, estás en tu derecho, hoy imperas aquí, y la señora es invitada.

— Pasemos al comedor, dijo Munster.

Loffen se colocó en el extremo opuesto de madama de Nugel, resolviendo guardar un profundo silencio que interpretase su disgusto; esta no trató de interrumpirlo, pero el mariscal se hizo cargo de sus mudas atenciones. Satisfacían sus deseos anticipadamente, y los manjares y vinos á que daba preferencia, se los ofrecía Carlota, que no había olvidado sus caprichos. Por vez primera despues de quince años se vió obsequiado con ese cariño de una tierna esposa, que ameniza la existencia del hombre y que no puede verse reemplazado por los desvelos de una hija sin dejar algun vacío.

La voz de William anunció la media noche, ofreció su brazo á madama de Nugel y se dirigieron con el séquito de acompañantes á la iglesia reformada.

Hay una escena de la vida, escena que une para siempre en la tierra á dos seres, que los destina á ser inseparables compañeros con una solemnidad religiosa que conmueve el corazón, pero mas especialmente para un padre tiene esa bendición nupcial algo de grave y patético. Las emociones que acababa de experimentar el mariscal, hablaban á su alma y la inclinaban á la ternura. Por un impulso involuntario se cayeron sus ojos en madama de Nugel, que ocultando el semblante con sus manos suspiraba sordamente. « Al fin es madre, » se dijo, y esta idea le conmovió.

— Su madre! ¡y parecía allí como una extranjera y con un nombre supuesto! ¡Su madre! ¡y no completaba con su presencia la felicidad de su hija, porque debían romperse los lazos mas sagrados, y los puros deseos que animaban las almas de Dorotea y William debían convertirse en ilusiones aéreas!

Salieron de la iglesia seguidos de sus acompañantes, y estos se despidieron deseando á los dos jóvenes una existencia de no interrumpidas venturas.

Madama de Nugel se acercó al mariscal pálida y temblando:

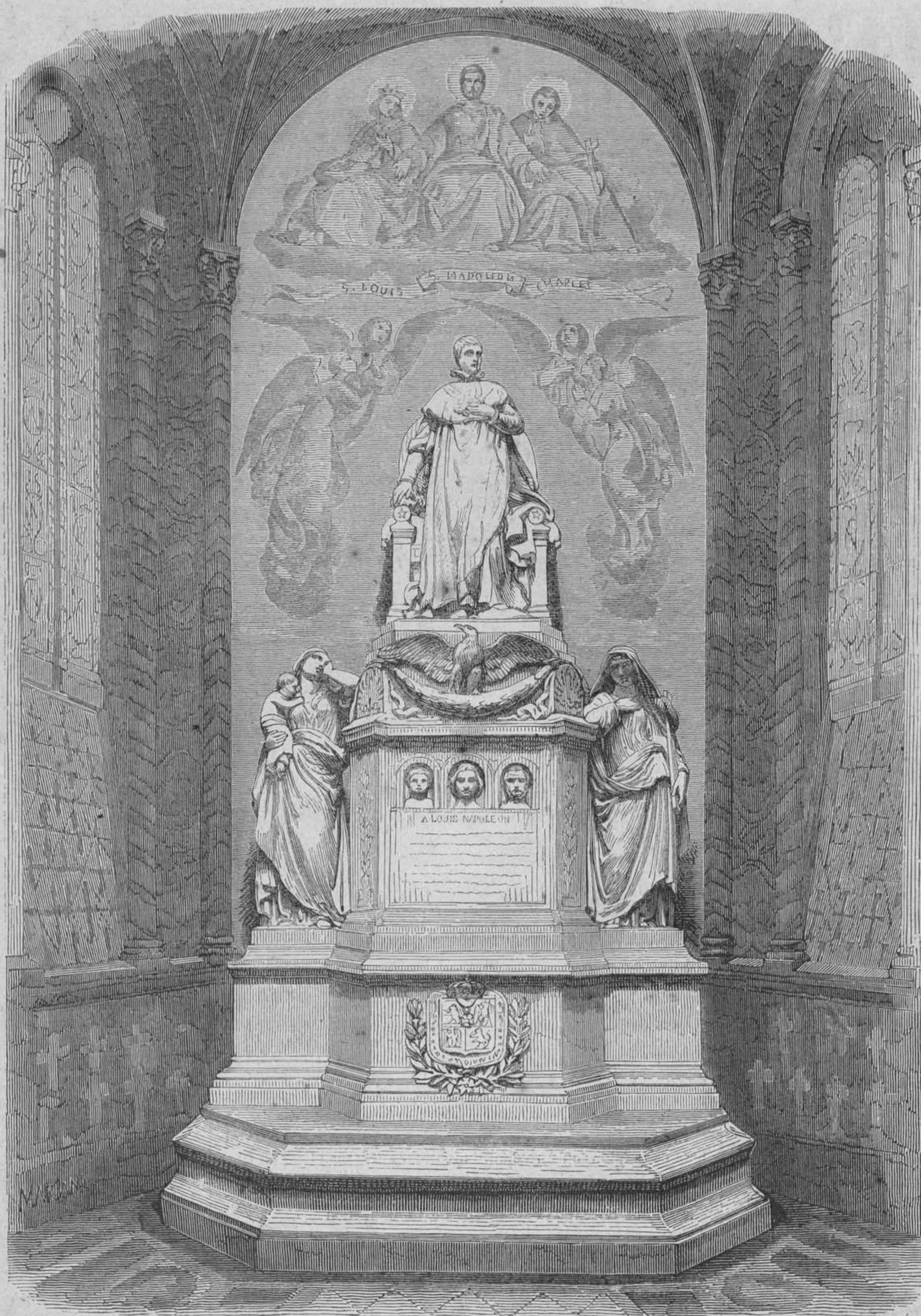
— Señor, le dijo, debemos separarnos, adios pues y gracias; gracias por haberme permitido asistir al enlace de mis hijos. No creais que haya intentado ofenderos con mi presencia. He tenido el atrevimiento de no resistir á las tiernas, repetidas y cariñosas invitaciones de mi niña. No estaba en el órden que se presentase delante del altar como una huérfana, ni que nos echara de menos, ni notase nuestra falta en el momento mas solemne de su vida.

Dijo, y se disponía á partir, cuando una mirada de su esposo obró una completa trasformación.

— ¡Carlota! murmuró Loffen tendiéndole los brazos.

— ¡Esposo mio! exclamó ella lanzándose en ellos con efusión.

Dorotea y William se arrodillaron delante de sus pa-



Monumento elevado á la memoria de S. M. Luis Bonaparte en la iglesia de Saint-Leu-Taverny.

dres. El mariscal besó sus frentes, y exclamó con una lágrima en los ojos y una sonrisa en los labios:

— ¡Benditos los hijos que dan ejemplo á sus mayores! Da órdenes, Dorotea, y sea para tí eterno el día de San Silvestre. O. DE P.

Monumento

ELEVADO EN LA IGLESIA DE SAINT-LEU-TAVERNY A LA MEMORIA DEL REY DE HOLANDA, LUIS BONAPARTE.

El monumento elevado en la iglesia de Saint-Leu-Taverny (cercanias de Paris) á la memoria del antiguo rey de Holanda Luis Bonaparte, padre del emperador Napoleón III, ha sido ejecutado por el estatuero M. Petitot, miembro del Instituto que falleció á principios de junio próximo pasado. Este trabajo le había sido confiado por la voluntad del rey Luis expresada en su testamento. M. Petitot recurrió á las luces de su amigo M. Garnaud, arquitecto, para la composición del basamiento y del pedestal.

Mientras se ocupaba en este trabajo, el Emperador hizo reemplazar la antigua iglesia de Saint-Leu por la iglesia actual, obra de M. Delacroix, arquitecto.

M. Petitot debió modificar su plan en vista del nuevo sitio en donde debía colocar su monumento. Como este tenia que estar pegado á una pared bastante alta, encargó á un pintor amigo suyo, M. A. Leloir, que ejecutara sobre un fondo realzado de oro varias figuras de ángeles que acompañaran á sus estatuas, y los santos sobre unas nubes que llenan la parte superior.

La capilla alumbrada á media luz esta adornada con colores oscuros. Una abertura practicada en la bóveda envia sobre la estatua del rey un vivo resplandor que va disminuyendo en su contorno.

Además de la estatua del rey hay otras dos figuras que representan la Caridad y la Piedad, y que estan hechas en mármol blanco de Carrara; el pedestal tiene un tono mas gris, y el basamiento mas gris todavía, tiene una base de color oscuro.

Las tres cabezas colocadas en el pedestal representan, la del centro á Carlos Bonaparte, padre del rey Luis y de Napoleon I; y las otras dos á los hermanos de S. M. Napoleon III.

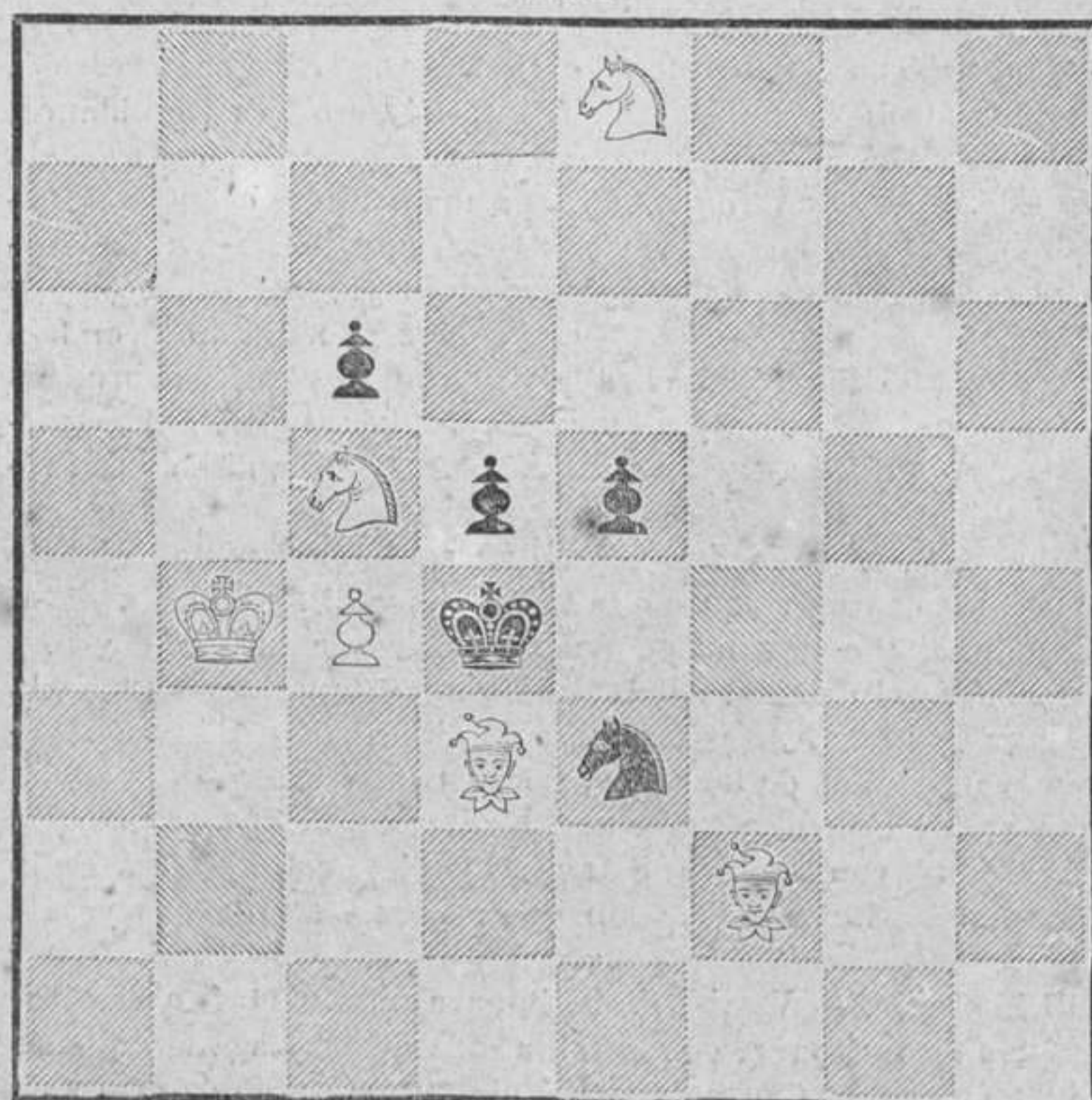
Sus sarcófagos, así como el del rey, se hallan en una bóveda situada debajo del monumento.

M. Petitot encargado de todo este trabajo, concibió el plan primitivo, y sus colaboradores M. Garnaud y M. Leloir no hicieron otra cosa que completar su conjunto. A. L.

Problemas de ajedrez. (1)

PROBLEMA NUM. 16, POR F. HEALEY.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

hechas en mármol blanco de Carrara; el pedestal tiene un tono mas gris, y el basamiento mas gris todavía, tiene una base de color oscuro.

Las tres cabezas colocadas en el pedestal representan, la del centro á Carlos Bonaparte, padre del rey Luis y de Napoleon I; y las otras dos á los hermanos de S. M. Napoleon III.

Sus sarcófagos, así como el del rey, se hallan en una bóveda situada debajo del monumento.

M. Petitot encargado de todo este trabajo, concibió el plan primitivo, y sus colaboradores M. Garnaud y M. Leloir no hicieron otra cosa que completar su conjunto. A. L.

(1) Solucion del número 15.

- | | | |
|-----|--------------|----------------------|
| 1 | C 4a CRa | R juega. |
| 2 | PTR 1 paso | P come P (a) |
| 3 | C 6a ARa | P juega (b) |
| 4 | PCRa 2 pasos | P juega |
| 5 | PCRa 1 paso | P juega. |
| 6 | PCRa 1 paso | P hace Ra |
| 7 | P mate | |
| | | |
| (a) | 2 | R juega. |
| | 3 | PTR 1 paso |
| | 4 | P come P |
| | 5 | PTR 1 paso |
| | 6 | PTR hace Ra |
| | 7 | Ra 8a CRa jaque-mat. |
| | | |
| (b) | 3 | R juega. |
| | 4 | PTR 1 paso, etc. |